



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 45. — Madrid 25 de Setiembre de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

LA GAITA GALLEGA

ECO NACIONAL.

I

Cuando la gaita gallega
El pobre gaitero toca,
No sé lo que me sucede,
Que el llanto á mis ojos brota.
Ver me figuro á Galicia
Bella, pensativa y sola,
Como amada sin su amado,
Como reina sin corona.
Y aunque alegre danza entone
Y dance la turba loca,
La voz del grave instrumento
Suéname tan melancólica;
A mi alma revela tantas
Desdichas, penas tan hondas,
*Que no sé deciros
Si canta ó si llora.*

II

Recuérdame aquellos cielos,
Y aquellas dulces auroras,
Y aquellas verdes campiñas,
Y el arrullo de sus tórtolas;
Y aquellos lagos, y aquellas
Montañas que al cielo tocan,
Todas llenas de perfumes,
Vestidas de flores todas,
Donde Dios abre su mano
Y sus tesoros agota:
Mas ¡ay! como me recuerda
También que hay allí quien dobla,
En medio de la abundancia,
Al hambre la frente torva,
*No acierto á deciros
Si canta ó si llora.*

III

¡Pobre Galicia!... Tus hijos
Huyen de ti, ó te los roban,
Llenando de íntima pena
Tus entrañas amorosas.
Y como á parias malditos,
Y como á tribus de ilotas
Que llevasen en el rostro
Sello de infamia ó deshonra,
¡Ay! la patria los olvida,
La patria los abandona,
Y la miseria y la muerte
En su hogar desierto moran.
Por eso, aunque en són de fiesta
La gaita gallega se oiga,
*No acierto á deciros
Si canta ó si llora.*

IV

¡Espera, Galicia, espera!
Lleva la cruz que te agobia,
Regando con sangre y lágrimas
Esa vía dolorosa.
¡Tendrás sed!... Hiel y vinagre
Te darán con mano pródiga,
Y, con corona de espinas,
Cetro de caña por mofa;
Pero los tiempos se acercan,
Y cuando suene tu hora,
Feliz subirás, y grande,
A la cumbre de la gloria.
Hoy, si la gaita gallega
El pobre gaitero toca,
*No acierto á deciros
Si canta ó si llora.*

VENTURA RUIZ AGUILERA.



EL GAITERO.

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TEXTO. — *La gaita gallega*, poesía, por D. Ventura Ruiz Aguilera. — *Revista*, por Nulema. — *Crónica*, por D. D. Isern. — *El lujo*, por Blas. — *El estilo moderno*, (continuación), por D. Juan Bautista Lázaro. — *Los grabados*. — *La música popular en Galicia*, por don José Inzenga. — *Doña Mencía*. — *La mujer fuerte*. — *El cristal*, por B. R. V. — *Revista de conocimientos útiles*. — *Advertencias*. — *Anuncios*.
GRABADOS. — *El gaitero*. — *El correo en Egipto*. — *La danza prima*. — *San Jerónimo de Lequeitio*.

REVISTA



ORA es ya de volver á reanudar el hilo de nuestras crónicas decenales, sin abandonar por eso las impresiones de viaje que irán viniendo sucesivamente, según lo permitan los trabajos en que de ordinario se desarrolla el plan constante de nuestro periódico. El verano va ya de capa caída, es decir, que se va aliviando de ropa y poniéndose fresco, y no queremos nosotros prolongar el período de la emigración veraniega, tan triste para Madrid, que se queda desierto, como feliz y regocijado para las provincias favorecidas con la visita de los personajes políticos.

Este año les ha tocado á las provincias gallegas, que habrán tragado más saliva que los políticos Champagne, viendo y oyendo comedias patrióticas, desde las que pone en música el genio artístico del Sr. Castelar, hasta las que realza con el prestigio de su nombre el Sr. Cánovas del Castillo.

Es cosa singular, que se presta á diversas conjeturas, ver el entusiasmo que inspiran á los pueblos estos ilustres y beneméritos patricios, cuyas empresas se han cifrado constantemente en la ruina de la patria, y de los cuales no hemos visto otra obra fecunda que su propio encumbramiento, llevado en algunos hasta la opulencia, como lo patentizan las espléndidas quintas y los soberbios alcázares donde la abnegación patriótica va á esconder los harapos de su miseria y el premio de sus constantes sacrificios. Que sea un republicano, que sea un monárquico, que sea un anfibio, el resultado es el mismo; «universal concurso», «general simpatía», «unánimes aclamaciones». Galicia ha presenciado este verano una serie de triunfos á cual más ruidosos y entusiastas. ¿Qué explicación tienen estos triunfos de políticos tan diferentes en partido, de tan opuesto carácter, de tan distinta condición social? ¿Qué hay en ellos de común que pueda inspirar la comunidad de aplausos?

El pueblo, el verdadero pueblo no es ciertamente el promotor de estas ovaciones; es el espectador indiferente que asiste á todos los espectáculos, que lo mismo invade las asambleas que los circos, que se deja arrebatar por toda novedad ruidosa, por las fiestas alegres como por las ceremonias lúgubres, que lo mismo rodea la tribuna del sacamuelas ambulante, que el trapecio del volatín, que el patíbulo del condenado á muerte. Los promotores de esas ovaciones y triunfos son los amigos de los caudillos peregrinos ó trashumantes; son los caciques de cada población, los vagos que se meten á políticos por su afán de meterse en todo, los presumidos y vanidosos que se honran con las miradas de un personaje, los zascandiles que arman el ruido, el movimiento, las emociones de cualquier clase que sean, los tribunos y políticos al por menor, gente ligera, frívola y casquivana de los que entran muchos en libra.

No se nos oculta que las sociedades secretas toman parte en estas ovaciones; pero su concurso no bastaría á llenar la medida del entusiasmo público, si no se uncieran al carro triunfal de los héroes esas otras gentes, que son la plaga de todos los pueblos.

Hé ahí cómo me explico los triunfos de los políticos que durante el verano invaden las provincias, para gozarse en la necedad de sus admiradores, y levantar con aplausos el crédito de sus averiadas mercancías.

He dicho antes que los gallegos han debido tragar mucha saliva con las visitas de los políticos, porque el pueblo gallego, á despecho de sus detractores, es un pueblo de gran sentido práctico, que no se deja llevar de palabras huecas, sino que en todo busca la verdad positiva, la realidad de las cosas, las experiencias incontestables y el fruto legítimo de la reflexión y de los hechos. Con este carácter, dicho se está que ha debido hacer mucha bilis viendo echarla de padres de los pueblos á los que tienen por profesión el hundirlos y explotarlos, oyendo celebrar los beneficios de la política moderna, cuando el rigor de las contribuciones agobia y empobrece á los labradores, y asistiendo á los triunfos de los caudillos de la Revolución que ha malogrado los sacrificios de nuestros padres, pisoteado sus glorias, y convertido á España en un presidio suelto.

¿Pero y los beneficios del ferrocarril? Esto exige, antes de proseguir, cinco minutos de parada.

..

El verano que va enfriándose, ó más bien el estío que se otoña, ha sido notable por las inauguraciones de ferrocarriles. El de Galicia, el de Cuenca, el nuevo de Salamanca, el de Buñol, el de Denia, ¿quién sabe cuántos se han inaugurado en España?

Buenos son los ferrocarriles; no puede negarse; pero no son un bien absoluto, ni mucho menos; son de los beneficios más relativos que pueden dispensarnos la industria y la cultura modernas. De los ferrocarriles puede decirse, lo que se cuenta que decía Esopo de la lengua: que era el plato más exquisito y al mismo tiempo el manjar más dañoso que podía servirse en la mesa de un príncipe, aludiendo á los maravillosos beneficios que hacen las palabras discretas y á los incalculables daños que causan las palabras engañosas y necias.

Otra comparación hay todavía más exacta. Las venas de nuestro cuerpo sirven en estado de salud para llevar la vida á todos nuestros órganos; pero cuando sobreviene una congestión, esas mismas venas, de ordinario tan saludables y fecundas, sirven para llevar la plétora á la entraña ó entrañas congestionadas, y con la plétora la muerte de todo el cuerpo.

El descuido en que los Gobiernos han tenido hace años los intereses de los pueblos pequeños, la precaria situación en que yace la agricultura en toda España, la sed de placeres que como imán irresistible arrastra las aldeas hacia las grandes poblaciones, la acumulación de fuertes capitales en estos órganos congestionados, son otras muchas causas, origen de un gran peligro social, que de no corregirse, más pronto ó más tarde acabará con nosotros, reduciéndonos á la servidumbre de otra gran nación, á una especie de Egipto sometido al protectorado de Inglaterra.

En este estado, los ferrocarriles son las venas que llevan la sangre á los órganos congestionados; son vías no de comunicación, sino de arrastre, por donde los productos de cada pueblo pequeño van á proveer el mercado de las grandes ciudades.

Es una de tantas mentiras como forman el caudal de la llamada ciencia económica el afirmar que por medio de los ferrocarriles, según está hoy organizada la sociedad, se aumenta y desarrolla la riqueza de los pueblos. *A priori* puede asegurarse que el nuevo ferrocarril de Galicia encarecerá la vida de los pueblos de Galicia y no abaratará la de Madrid ni las de otras grandes ciudades comprendidas en la línea férrea.

El beneficio será para unos cuantos especuladores, los cuales, una vez enriquecidos, vendrán á establecerse en las grandes capitales, donde gastarán alegremente el dinero ganado en los pueblos, esquilados por la exportación y por la codicia de los especuladores insaciables.

El progreso moderno, que antepone, ó más bien busca exclusivamente los intereses materiales, sin cuidarse de los morales y religiosos, es una gran mentira; seduce como las sirenas de la mitología con la apariencia de sus encantos; pero lleva en el fondo el germen de muerte en que vienen á parar los halagos de todas las concupiscencias.

Gran cosa serían los ferrocarriles si la sociedad estuviese bien organizada y constituida; si llevasen á los campos la vida de las industrias honradas, fomentando la población de las pequeñas aldeas, tan necesarias á la agricultura; pero por desgracia no sucede así; los ferrocarriles, respondiendo á las necesidades superfluas de la sociedad moderna, no llevan la vida del corazón á los miembros, sino que absorben la vida de los miembros para congestionar los grandes vasos, empobreciendo el organismo social y preparando la apoplejía fulminante. La sangre es el primer elemento de nuestra vida física, y sin embargo llegan casos, esto es, enfermedades en que daña y mata, y la medicina procura disminuirla para dar salud al enfermo. Con los ferrocarriles sucede una cosa semejante: son, si no el primero, uno de los más importantes elementos de la vida moderna; pero llegan casos, ó más bien, hay circunstancias en que dañan y matan, porque la sociedad está enferma.

Esto es lo que sucede en España; nuestra constitución actual es débil, y la sangre congestionada llegará á producir graves desórdenes que hoy no prevén los especuladores codiciosos, y mucho menos los pueblos, alucinados por la fiebre del progreso material que nos devora.

Una observación para terminar estas reflexiones. El ferrocarril de Galicia está hecho con capitales franceses; franceses son también muchos accionistas

del Norte y de otros ferrocarriles de España: ¿no se parece esta situación á la de Egipto, dominado por capitales ingleses?

¿Qué pensaríamos de un propietario que no queriendo privarse de ciertas mejoras en su casa, y careciendo de capital para hacerlas por sí mismo, confiase á la solicitud y al capital de un vecino codicioso y enemigo suyo la ejecución de esas mejoras, ufanándose con el triunfo de sus propósitos y con las ventajas de su posición?

Nos creemos dispensados de dar la respuesta.

..

Los tahoneros siguen haciendo de las suyas; la adulteración de los comestibles raya en locura; los robos, los asesinatos, los suicidios van en aumento... No importa, Madrid se divierte; nuevos cafés, nuevas fondas, nuevos teatros, nuevas tiendas de lujo se están abriendo para inaugurar la campaña de invierno.

Aumentemos las necesidades de la vida para aumentar los placeres que nos ofrece su satisfacción. Este es el imperativo absoluto de nuestra moral.

Y el imperativo se cumple fielmente: la vida se va llenando de necesidades, y como las nuevas necesidades piden nuevos recursos, la codicia corre suelta, buscando, sin reparar en los medios, recursos con que acudir á esas necesidades, que son el acicate de nuestros afanes, y el término de todas nuestras ambiciones.

¿Qué actividad se observa en Madrid en este tiempo! ¡Cuántas reparaciones en tiendas, cafés y teatros! La población que ha dormido durante el verano, se despierta con el ansia de nuevas emociones.

Pero fenómeno singular: en vísperas de la campaña de invierno todo está en crisis. Está en crisis el Gobierno, de manera que aún no sabemos quiénes serán los llamados á comer el pavo de Noche-Buena y quiénes á devorar con los fríos del invierno las angustias de la cesantía. Está en crisis la Bolsa, donde la mala fe de perfidos especuladores ha ocasionado la ruina de muchas familias, ajenas tal vez á los agiotajes de la banca legal. Está en crisis el teatro, sin obras originales, sin actores, sin prestigio, muerto ó agonizante con los venenos y puñaladas de la dramaturgia terrorista y patibularia. Está en crisis... la vida de los madrileños, amenazada por todas las plagas del progreso industrial, que nos roba y asesina, por medios más solapados y cobardes que los que emplearon en iguales hazañas el chato de Benamejías ó Jaime el Barbudo.

Todo está en crisis, y sin embargo, nadie se para á meditar en los peligros de las soluciones que nos esperan. ¡Meditar! ¡Qué locura! Si pensáramos en la vida que hacemos, se acibararía el néctar de nuestros placeres.

Hé aquí la causa más general de la repugnancia que inspira la Religión. Al jugador le repugna el apacible rincón de su hogar, donde llora sus extravíos la esposa fiel y los hijos condenados á la miseria; al libertino le repugna la reputación intachable, la salud inquebrantable, la sosegada vida del hombre honrado; al demagogo le repugna la monarquía, como símbolo de autoridad, la propiedad como fruto de la justicia, la familia cristiana como elemento de la sociedad bien constituida; y por igual razón, á la sociedad pagana le repugna la Religión, como freno de todas las pasiones, plantel de todas las virtudes, y escuela de amor y de sacrificio.

Por eso en la época en que los cafés, los casinos y los teatros abren de nuevo sus puertas, brillantemente restaurados, se ha comenzado en Madrid el derribo de otro templo, situado en el centro de la capital, el de *Italianos*, arrebatado — que esto es más — al patrimonio de San Pedro.

..

El otoño se ha adelantado este año. El mes de Setiembre tiene días tan frescos como un invierno benigno, y las hojas de los árboles comienzan á languidecer, anunciando su próxima desventura.

Pasó la risueña primavera, pasó el verano; ¿qué no pasa en este mundo? Bien dijo Selgas:

Y esta sed de gozar que estamos viendo,
Más el curso en los años precipita,
Y es casi no vivir, vivir muriendo.
Los placeres que el mundo facilita,
Deudas son que en su cuenta el tiempo avaro
En años de la vida nos desquita.

NULEMA.

CRÓNICA



La República francesa vive en Europa completamente aislada. Alemania, Austria e Italia se han aliado, si no contra ella, por lo menos a su espalda. Rusia prefiere andar sola a andar en su compañía, e Inglaterra ha comprendido al fin que son incompatibles con su seriedad, las informalidades de los ministros de M. Grevy.

Sólo los ministros españoles, jacobinos disfrazados de conservadores, miraban con simpatías a la República francesa. La mala pasada que ésta les ha jugado, precisamente en el momento en que más descuidados estaban, les habría hecho cambiar de opinión, si los progresistas no fuesen incorregibles, así en sus odios como en sus simpatías.

Las recientes quiebras ocurridas últimamente en la Bolsa, y debidas a los manejos de tenedores franceses, muestran bien claramente que los republicanos de la vecina nación prosiguen en su encarnizamiento contra las actuales instituciones de España.

Todo esto, unido a la circunstancia de hallarse en Alemania Don Alfonso y de haber sido el viaje a aquella nación uno de los pretextos de que se han servido los republicanos franceses para ver de justificar su conducta, sirve de base a la prensa oficiosa de Berlín, para dirigir envenenados dardos a la República francesa y aun a Francia.

Los más violentos artículos que han publicado los periódicos aludidos, se atribuyen generalmente al príncipe de Bismarck. En ellos se amenaza a Francia con una nueva visita del ejército alemán a París.

La pérdida de Francia sería irremediable, si aceptase una nueva guerra con Alemania. Lucharía sin ninguna probabilidad de victoria, pues aunque lograra vencer a Alemania, lo cual es un sueño, no podría luchar ciertamente con la triple alianza, aislada completamente como se halla en medio de Europa.

Los franceses tienen en el príncipe de Bismarck un enemigo irreconciliable y terrible. Pero cien veces más terrible es, sin duda ninguna para Francia, como enemigo de su gloria y su grandeza, su actual sistema de gobierno.

Con la República jamás será Francia otra cosa que un centro peligroso de activa propaganda revolucionaria, un cuerpo moral sin prestigio y un gigante que no puede ni aun mover su brazo, agobiado como está por el peso de la armadura. Su pérdida total es sencillamente cuestión de tiempo.

Si los republicanos franceses fueran más avisados, sólo el hecho de que Bismarck haya sido desde la caída del imperio el verdadero obstáculo a la restauración monárquica, les hubiera hecho desear esta restauración.

Nunca como después de la última y desastrosa guerra que terminó con la rendición de París, han debido pensar los franceses en hacer de su ejército uno de los primeros ejércitos de Europa. Ya que el soldado francés no puede competir, degenerada como está la raza latina muchísimo más que la alemana, con el soldado prusiano, debiera procurar el Gobierno de la República, que el conjunto de la masa militar no adoleciera de los defectos que hicieron inevitables las derrotas que ocasionaran a Francia la pérdida de la Alsacia y Lorena.

Y sin embargo, hace todo lo contrario, como lo prueban las medidas que se dispone a tomar, según las noticias publicadas por la prensa autorizada.

Según dictamen de todos los oficiales extranjeros que han asistido a las maniobras militares de Francia, la única arma de aquel ejército que ha hecho algunos progresos, es la caballería.

Pero resulta que la casi totalidad de los oficiales de caballería son monárquicos, y que es reaccionario su director general el Sr. Gallifet. ¿Puede consentirse que el arma más reaccionaria sea al mismo tiempo la única que ha progresado, según los testimonios de los indicados competentes testigos?

El general Thibaudin, ministro de la Guerra, se propone librar a la República de esta afrenta, separando de la Dirección general de caballería al general Gallifet, y dejando de reemplazo a la mayoría de los oficiales del arma. Con lo cual la caballería francesa quedará al nivel de las otras armas.

Desorganizada la administración; desorganizada la magistratura, natural nos parece que los republicanos franceses traten de desorganizar el ejército.

Todo hombre de algún entendimiento procura, por cuantos medios tiene a su alcance, conservar aquellos elementos de que más necesita en las diversas circunstancias de la vida. Pero no obran así los republicanos franceses.

Procuran la disolución del ejército en los momen-

tos precisamente en que se ven amenazados de nuevas guerras, no ya sólo en Europa, sino también en Asia.

La invasión del Tonkin por los franceses ha disgustado grandemente a los chinos, que procuran, por cuantos medios tienen a su alcance, detener a los invasores. Estos han sufrido algunos reveses serios, y últimamente el general Bouet, que mandaba en jefe el cuerpo expedicionario, ha tenido que resignar el mando ante una orden del delegado civil de la República, que acompaña aquel ejército.

La noticia de este hecho ha producido malísima impresión en todos los círculos militares de Francia, como no podía menos de suceder.

..

En el campo realista se dibujan en Francia dos tendencias que, aunque acordes en reconocer al señor conde de París como heredero político del señor conde de Chambord, se diferencian esencialmente en la marcha que se proponen seguir.

Quiere *L'Univers* con sus hombres que el señor conde de París acepte el programa del Sr. Conde de Chambord, y le dice poco más o menos: Si aceptas este programa, te apoyaré resueltamente; si no lo aceptas, reconoceré tus derechos a la herencia de la casa de Francia, pero me limitaré a pelear por la Iglesia y por Francia.

Algunos diarios de los departamentos apoyan a *L'Univers* y a sus hombres.

La demás prensa legitimista apoya al Sr. Conde de París sin preguntarle por su programa de gobierno.

L'Union, que era el órgano personal del Sr. Conde de Chambord, ha desaparecido, publicando una advertencia en la que declara que su misión terminó al morir la augusta persona a quien representaba, con el reconocimiento del Sr. Conde de París por su heredero.

También se han disuelto los antiguos comités realistas, si bien los del Osne y la Bretaña se reorganizan dando entrada en ellos a elementos orleanistas.

Tal es descrita con escrupulosa lealtad y franqueza la situación del partido realista enfrente de la República de los Grevy y de los Ferry.

¿Es satisfactoria esta situación? Creemos que se ha conseguido más de lo que podía esperarse, dada la significación política de la casa de Orleans, y menos de lo necesario para la completa unión del partido legitimista, único que, estrechamente unido, tiene fuerzas bastantes para derribar a la República y su cederla en las esferas del gobierno.

..

La salvación de Francia, más que en los hombres, está realmente en Dios, y Dios parece abrir los tesoros de su misericordia para esta nación nobilísima.

El milagro se realizará, si se realiza, como esperamos, por la intercesión gloriosa de Ntra. Sra. de Lourdes.

En efecto; su santuario se ve cada día visitado por mayor número de peregrinos, singularmente de peregrinos franceses. Durante la última semana han acudido a aquel santuario mas de treinta mil peregrinos, que han orado en la gruta milagrosa con fervoroso acento y pedido a Dios que liberte a Francia de las garras de la revolución.

En realidad, antes de pedir por la patria, han pedido a Dios por su Iglesia, que cada momento que pasa sufre en Francia más cruel persecución.

El Estado acaba de apoderarse de varios seminarios; muchos pueblos se quedan sin sacerdotes a causa de las disposiciones del Gobierno, privando a los curas de las asignaciones a que les da derecho el Concordato; los Obispos son llevados al Consejo de Estado por sus Pastores contra la corrupción de la juventud en las escuelas ateas, y las funciones religiosas se ven interrumpidas a menudo por los gritos de los sectarios que penetran en las iglesias para perpetrar en ellas nuevos y sacrílegos atentados.

Sólo un consuelo puede caber a los católicos en estas tristísimas circunstancias. Las demás clases sociales sufren los mismos males que el gobierno de los Grevy y de los Ferry ha desencadenado sobre la clase sacerdotal.

Ya hemos visto lo que sucede al ejército. Todavía es peor que lo que sucede al ejército, lo que sucede a la magistratura, que ha sido colocada por las Cámaras a disposición por completo del Gobierno, que deja cesantes de una plumada a centenares de magistrados cuyo único delito consiste en no ser enemigos del nombre cristiano.

Entre los peregrinos que últimamente han visitado a Ntra. Sra. de Lourdes en su santuario, figuran no pocas víctimas de la persecución revolucionaria, no pocos hombres que no han querido vender su fe y su conciencia por un plato de lentejas.

¡Oiga el cielo las plegarias de estos fieles hijos de Jesucristo, y permita al menos que vislumbren en el horizonte los nobles descendientes de San Luis un rayo de esperanza para la Iglesia afligida por tantas persecuciones, y para la patria sumida en tantas y tantas amarguras!

D. ISERN.

EL LUJO



SCRITO el epígrafe de este artículo, hago lo que seguramente han hecho mis lectores después de verle: me río.

Y no me río precisamente porque el tal epígrafe encierre una gracia o un chiste; que tampoco ustedes se han reído por eso.

Se han reído ustedes al considerar que la mayor parte de los asuntos que escojo para estas *conversaciones a domicilio*, son asuntos faltos de novedad, de especialidad y de actualidad; son, en fin, asuntos *viejos*.

Y al ver que ustedes se sonreían de compasión hacia este escritor, no menos viejo que sus asuntos, también me he sonreído, no de conmiseración, sino de gratitud hacia ustedes, que después de conocer mi deficiencia en materias literarias, me soportan, como soportarían las genialidades de un niño o las chocheas de un centenario.

El lujo... ¡Cuánto se ha escrito y declamado contra esta manifestación de la humana vanidad! ¡Cómo se han puesto en evidencia, en libros, cátedras, comedias, sátiras y coplas, las terribles consecuencias de ese vicio, pasión, debilidad, o como quiera llamarse, que se me ha venido a la pluma al sentarla hoy sobre el papel!

Tan generalizada y tan contagiosa es esta enfermedad moral, que ya me tienen ustedes contaminado; ya estoy con los primeros síntomas. ¿A qué, sinó, ese *lujo* de admiraciones y de frases huecas para vestir con cierto atavío retórico un escrito que, por su índole, debe salir a la calle, ya que no en paños menores, porque la estación todavía no consiente paño, al menos en lanillas o alpacas?

¡Ah, miserable condición humana!...

Pero, alto aquí, y no volvamos a las andadas y a los despilfarros oratorios.

El lujo es tan antiguo como la vanidad, y la vanidad es tan antigua como el hombre; quiero decir (pero no lo diré sin pedir antes perdón a mis apreciabilísimas lectoras), tan antigua como la mujer.

Un sentimiento de vanidad arrastró a Eva al pecado.

Yo me figuro a la madre del género humano cuando prestó grato oído a las pérdidas sugestiones de la serpiente. Me la represento sonriendo, entreabiertos los labios, animados los ojos, teñido el rostro con el carmín de la tentación, y conteniendo con entrambas manos los precipitados latidos del corazón agitado por locas esperanzas de una dicha infinita...

Si Eva hubiera hablado el castellano (aunque tan incorrectamente como le hablamos casi todos los que con el público departimos), es seguro que, al abordar a su crédulo esposo, le habría dicho, poco más o menos:

«¡Ay, querido Adán, qué lujo! ¡Qué lujo de poderío, de sabiduría, de inmortalidad, de omnipotencia vamos a disfrutar después de los postres, es decir, después de comernos la manzana!»

Desde el pecado original hasta hoy, día de la fecha, todas las Evas han dicho a sus respectivos Adanes casi lo mismo...

Y ninguna se ha parado a considerar que el lujo paradisiaco que extravió a la primera mujer y envolvió en sus mallas al primer hombre, fué castigado por el Creador, imponiendo a la pareja pecadora un lujo de expiación que había de alcanzar a toda su descendencia.

Con lujo de sudor comió su pan el marido, y con lujo de dolores parió sus hijos la esposa.

La primera intuición del lujo salió, pues, por las puertas del Paraíso con los transgresores del divino mandato. En aquellas rudimentarias vestiduras de pámpanos con que se ataviaron, estaba el germen de los mantos imperiales y de los vestidos de cola, de los fraques y de los poliones, de los abrigos de armiño y de los sombreros de copa... ¡Qué horror!

Es muy común la idea de confundir el lujo con la riqueza; y esta idea, por lo mismo que es muy común, es completamente errónea.

El lujo, en la generalidad de los casos, no es más que la hipocresía de la riqueza. Si realmente fuese la expresión de ésta, no merecería las acres censuras de que ha sido objeto, ni produciría los trascendentales estragos que trae consigo, ni sería un agente perturbador de la felicidad doméstica, ni un dogal

de la virtud, ni un peligro para la honestidad, ni un Mefistófeles de la honra.

No debe condenarse el lujo en absoluto. El que despliegan las clases ricas puede disculparse, y aun los economistas le aplauden y estimulan, por lo que puede contribuir al desarrollo de la industria y de las artes suntuarias.

Ese lujo ni arruina al que le ostenta, ni escandaliza al que le mira. Tiene, sin embargo, un grave peligro, cuando se funda principalmente sobre la exterioridad y se exhibe para deslumbrar al mundo: el peligro de la emulación en las escalas inferiores de la sociedad.

Aquí está el busilis, y á esta puerta es adonde quería yo llamar, aunque sé de antemano que no me han de responder.

Tenemos aquí el cuento de «el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo.»

El millonario excita con su lujo aparatoso la envidia del rico; el rico la del bien acomodado; el bien acomodado la del que tiene un pasar decente, y éste la del que no tiene más que lo necesario.

A medida que se va bajando en esta escala de competencias de la vanidad, se van encontrando las huellas del lujo marcadas en un camino cada vez más áspero y erizado de precipicios.

Es una senda que empieza en la alfombra persa y termina en el fango.

Es una cadena que tiene el primer eslabón de oro puro y el último de escoria.

A veces este postrer eslabón se transforma en hierro, y entonces forma parte de la cadena del presidiario...

Si consultásemos la estadística criminal, veríamos qué *lujo de condenas* cae todos los años sobre los delitos que reconocen como origen, como pretexto ó como causa determinante *el lujo* y sus derivados.

Y si repasásemos esa otra estadística que no se colecciona ni se da al público, la estadística de los delitos sociales y domésticos, nos asombraría por su cifra y por sus detalles.

El Código solamente define y aplica sanción penal á los delitos que interesan á la vindicta pública; á los que se cometen por medio del puñal, del veneno, del revólver, del palo ó de la clásica navaja; á los que se inician en el Juzgado de guardia ó en la prevención del distrito; á los que se denuncian ante el Juez de primera instancia, á petición de parte. Pero la justicia humana es impotente para fiscalizar y penar esos otros delitos de lesa moralidad que se desenvuelven en el reducido escenario de la familia y que tienen por instigador ó por cómplice al lujo.

Allí donde esta serpiente tentadora deja oír su silbo arrullador, acaba el paraíso y empieza el infierno de la familia.

Veréis una mujer que ha sacado incólume su virtud de las luchas y tempestades del mundo, que ha resistido á todas las seducciones y se ha mostrado inflexible á todos los halagos; la veréis vacilar y caer, casi sin resistencia, cuando la pasión del lujo ha turbado su corazón y desvanecido su cabeza.

Veréis un hombre de recta conciencia y de honrados procederes, buen esposo y buen padre de familia, incapaz de comprometer su nombre y su reputación en un negocio de dudosa estructura; le veréis, una vez lanzado en el torbellino de la vanidad y del lujo, abdicar de todos sus principios, olvidar sus antecedentes, consumir su fortuna y sacrificar el porvenir de sus hijos en el altar de ese ídolo que no se sacia de víctimas. Y cuando su ruina está consumada y ha contraído deudas que no podrá pagar, y halla cerrados todos los caminos lícitos para arbitrar nuevos recursos, acude á los medios más reprobados y vergonzosos, y no se detiene ni aun ante la idea del delito, si cree tener asegurada la impunidad. No puede prescindir del lujo exterior ni consentir una sombra en la tersa superficie de su vanidad; pero acepta las manchas sobre la conciencia, que ha venido á ser para él un verdadero artículo de lujo.

Si el lujo fuera siempre un signo de riqueza, así respecto de los individuos como de las naciones, no habría país más próspero y floreciente que el nuestro.

Prescindo del lujo verdaderamente dicho; del que se hospeda en soberbios palacios (hoy hoteles); se regala el paladar con los más raros productos, siempre exóticos, de la gastronomía; se baña en *Agua-florida* por fuera y en *Champagne* y *Lacrima-Christi* por dentro; se acaricia el oído con música de á pseta la nota; se envuelve en brocados y carísimas pieles; se adorna con diamantes de Golconda y con perlas del Ofr.

Hablo de ese otro lujo que cuesta poco dinero, está al alcance de todas las fortunas, y por lo mismo se puede derrochar sin escrúpulos.

No teman ustedes que les presente un catálogo completo de las infinitas variedades de ese lujo: sería interminable. Pero citaré algunas de las más impor-

tantes; aquellas en que no nos aventaja ningún país de la tierra... ¡Qué orgullo para nosotros!

Tenemos lujo de Constituciones políticas para surtir á toda Europa y una parte de la Oceanía.

Tenemos lujo de banderas políticas para adornar el desierto de Sahara.

Tenemos lujo de jefes de partido para exportar (¡que no fuera verdad tanta belleza!) al extranjero, y aun nos quedarían de sobra.

Tenemos lujo de oradores parlamentarios, académicos, tribunicios, foráneos y cafeteriles que derraman á espuestas tesoros de elocuencia anodina y de sublimes trivialidades.

Tenemos lujo de eminencias científicas, literarias y artísticas, que si han venido á menos, ha sido precisamente porque han prodigado las manufacturas de su inteligencia hasta quedarse arruinadas.

Tenemos lujo de condecoraciones, que casi ha dejado de ser lujo porque lo gastan hasta los dependientes de tiendas de ultramarinos.

Tenemos lujo de empleados, que estarían mejor empleados, en su gran mayoría, dedicándose á la industria y á la agricultura.

Tenemos lujo de títulos de Castilla, de títulos de la Deuda y de títulos universitarios.

Tenemos lujo de abogados sin pleitos, de médicos sin enfermos, de generales sin ejército, de dramáticos sin éxito y de escritores sin público, á cuya clase tengo la honra de pertenecer.

Tenemos, en fin, lujo de tiempo, que desperdiciamos hablando de lo que no nos importa; y este es el único lujo que yo me permito, porque ustedes, lectores míos, tienen á su vez el lujo de la paciencia para tolerarlo.

Basta de lujo, y para terminar estas cuartillas con algo bueno, séame permitido copiar una décima que leí hace más de cincuenta años y que me impresionó fuertemente. Confieso con vergüenza y con pena que desconozco el nombre del autor. Se refiere al lujo, y dice así, si la memoria no me engaña:

« Esa seda que relaja
Tus procederes cristianos,
Obra fué de unos gusanos
Que labraron su mortaja.
También en la región baja
La tuya han de devorar...
¿De qué te puedes jactar
Ni en qué tus glorias consisten,
Si unos gusanos te visten
Y otros te han de desnudar? »

BLAS.

EL ESTILO MODERNO

II



A casa, tal como las necesidades presentes la requieren, tal como los actuales intereses la demandan, tal como ocupa casi exclusivamente la actividad y los conocimientos del arquitecto contemporáneo, determinará, ó más bien, ha determinado el estilo moderno. Porque es menester repetirlo sin cesar: el estilo no es una mera forma, no es un accidente pasajero, no es un capricho momentáneo; el estilo es disposición, es estructura, es sistema, es algo que responde á los materiales de que se dispone, á las costumbres que se tienen, á las necesidades que imperan.

El hombre del siglo XIX se halla bajo esta relación en condiciones enteramente desemejantes de las de sus antepasados; ¿quién duda esto?

La vida en nuestras poblaciones actuales, nuestras poblaciones mismas, difieren tanto de todo lo que había hace un siglo, que bien puede decirse que lo presente es la antítesis de lo pasado.

Aun á las más atrasadas y faltas de reformas ha llegado la influencia de las nuevas costumbres, porque se sienten las necesidades nuevas y se realiza la satisfacción de ellas. De aquí que con más ó menos lentitud las condiciones de los edificios varíen y su forma cambie, y una vez en este camino, el estilo mejor ó peor que afectan es nuestro, privativo de nuestra época, llevando impreso su sello característico.

¿Se quiere decir con esto que todos nuestros arquitectos tienen el propio gusto, aceptan los mismos principios, se acomodan á las mismas formas y de consuno conspiran al mismo fin? Claro que no. Por el contrario, las mismas condiciones especiales de nuestra época, eminentemente investigativa, lanzada cual otra ninguna en la afanosa tarea de los descubrimientos, llena de inmovilidad é impaciencia, destinada á establecer una transición completa, poseedora de inmenso caudal de datos arqueológicos, convencida de haber llegado hasta la fuente y origen de antiguas civilizaciones, casi por completo desconocidas de nuestros antepasados ó visiblemente desfiguradas por falta de crítica, imprimen á

todo nuestro movimiento artístico una extraordinaria variedad, en el que como en fiel espejo se refleja semejante singularísimo carácter de nuestro tiempo; pero véase si bajo esa vestidura de tantos y tan varios y acaso tan abigarrados colores, tal vez sin quererlo, no hay el mismo principio.

Supongamos por un momento, y para hacer esto más patente, que en concurso público ó privado se solicitá de varios arquitectos la traza de un edificio cualquiera, de una de esas viviendas á las que por falta de otro más expresivo se ha dado el extranjero nombre de *hótel*, y figurémonos que con el mismo programa se presentan todos los proyectos en lo que de ordinario se llaman estilos diferentes; ¿qué sucederá?

Tal artista que por especiales circunstancias ha estudiado los monumentos del antiguo Egipto, medido sus moles colosales, dibujado su característica flora, aquilatado su unidad severa y que quizá se halla bajo la impresión profunda que ejerce en el ánimo todo esto, con más el animado color que le prestan relaciones interesantes, animadas descripciones, preciosas láminas iluminadas por espléndido colorido, deja correr su sobreexcitada imaginación, y sobre las trazas de su proyecto, acomoda formas, perfiles y tintas que, reflejando aquel sentimiento que le anima con extraña exactitud, dan al proyectado edificio todo el aspecto de una construcción de las riberas del Nilo.

Tal otro pulcro en el dibujo, sereno en el ánimo, atinado en la proporción, dotado de habilidad bastante para precisar la forma pura, la exquisita línea del arte ateniense, logra imprimir á sus trazas el indefinible encanto de aquel gusto sin par.

Y así discurriendo, se puede imaginar que mientras uno aplica á su plano la lujosa decoración del arte romano, otro pretende trasladar á él los atrevidos vuelos de la arquitectura gótica, y éste y aquél y todos por extraña circunstancia, logran felicísimo resultado.

¿Se podrá por eso decir que han resultado tantos estilos como arquitectos? Bien al contrario, y á pesar de tan completa diversidad exterior, en el fondo, en la esencia todos esos edificios son iguales, si debidamente se ha satisfecho al mismo programa; es más, si esas composiciones se hubieran hecho en un mismo estudio y poco más ó menos al mismo tiempo, habría un momento en que todas serían sustancialmente idénticas, y sería precisamente aquel en que hecha la distribución de servicios, arreglada la situación de cargas y resistencias, acomodada la disposición de vanos, pisos y cubiertas, el problema constructivo estaba resuelto, es decir, el arquitecto había terminado la mejor parte de su cometido, porque si al llegar aquí no vislumbra el edificio con su aspecto general, si no ha presentado ya la forma que de su composición resulta, todo cuanto añada, todo cuanto sobreponga, será inoportuno y postizo, y en vez de proceder como arquitecto, obrará como arqueólogo; reproduciendo, que no creando formas bellas, bien entendido siempre que es creación toda forma que, aunque importada de anteriores estilos, se acomoda bien y fielmente al destino que recibe en el presente.

¿Pero es siquiera posible que no una forma aislada, sino un conjunto de formas, una estructura completa (y esto es un estilo), quepa sin raspadura ni reforma dentro de un programa totalmente diverso de aquel á que satisfizo en su tiempo? Seguramente no; y si siguiendo el anterior ejemplo, nos imaginamos á nuestros artistas trabajando en sus tableros, bien pronto se vería el partidario de la arquitectura de los Faraones completamente imposibilitado con los elementos que aquélla le suministra para cubrir el vano de una sala que el programa del *hótel* le pide, y al entusiasta del clasicismo griego, que se afanaría en vano por acomodar las armoniosas proporciones de sus órdenes dentro de las forzadas alturas de los pisos, mientras el decidido por el romano discurre sin fruto en el material que ha de sustituir los ricos mármoles y los costosos bronce, que sobrepasan con mucho el límite máximo de su presupuesto, y el campeón de lo gótico se desespera ante la imposibilidad de hacer entrar sus apuntadas ojivas y sus calados y maineles dentro de aquellos huecos, cuyas maderas han de abrirse y cerrarse sin dejar resquicio alguno.

La realidad se impone con absoluto dominio sobre todo, y es en vano querer resistir su imperio; por eso, el edificio en las varias trazas disentería tal vez en su envoltura exterior, en su parte formal, pero en la esencia será el mismo; será un edificio de nuestro siglo con cuyo tipo jamás soñaron los artistas de otro tiempo, y para los cuales, si posible fuera volverles á la vida, resultaría completamente inaplicable, cuando no absurdo. Lo que en estilos pasados falte para atender á las necesidades presentes y se haya suplido, lo que de los mismos sea

inaplicable y se suprime, dejará siempre la huella de lo añadido y postizo, cuando no de lo mutilado e incompleto.

Por eso es ridículo y además absurdo proponer á un artista que trace un proyecto en tal ó cual estilo, salvo el caso de una restauración, y bien puede asegurarse que cuando por tal manera se invade la noble libertad que el arte requiere, además de reconocido desafiado, se acomete un imposible, porque al fin no saldrá el estilo, sino, cuando mucho, lo que el artista entiende que es aquel estilo, en lo cual ya hay diferencia.

Desde luégo en la Edad Media las poblaciones muradas limitaban el espacio disponible en unas condiciones que hoy son absurdas, y en que no hay que pensar; las continuas revueltas, á menudo de carácter religioso, convertían el templo en fortaleza, y aun sin tal circunstancia, por su solidez, servía á maravilla para asilo de los trastornadores que se refugiaban tras sus robustos muros, y de aquí se desprendían, como natural consecuencia, disposiciones hoy inadecuadas. Además, el templo no era sólo el alcázar de Dios; era también verdadero cementerio, en que dormían el sueño de la muerte prelados y caballeros, sacerdotes y plebe; sus muros se enriquecían con soberbios mausoleos de rica escultura, de curiosa epigrafía; su pavimento estaba formado por lápidas sepulcrales; la severa lección de la muerte le imprimía melancólico aspecto, y no era por cierto un mero accidente de fácil supresión, sino elemento característico de importancia suma. Por último, y esto es lo más capital, la dificultad de comunicaciones, el atraso industrial, la rudeza misma de los tiempos obligaba al arquitecto á luchar con múltiples dificultades que resolvía ingeniosísimamente, aprovechando la pobreza de materiales de que disponía y limitándose á satisfacer lo que el gusto de sus contemporáneos reclamaba. ¿Por qué, pues, el arquitecto moderno ha de renunciar (por seguir rigurosamente una tradición respetable, pero vetusta) á las múltiples ventajas que el adelanto material de su tiempo le suministra? La religión es la misma; pero los hombres de hoy pensamos más en la infinita misericordia de Dios, que en su justicia también infinita; y más nos mueve á la acción de gracias la esperanza del premio que el temor del castigo; y ¿por qué, pues, nuestros templos no han de revelar este modo de ser de nuestros días como fielmente retrataron el de nuestros antepasados?

Resulta, por tanto, que por la amplia urbanización de nuestro tiempo, las disposiciones del templo deben variar; que por los medios que el adelanto industrial moderno y la facilidad de comunicaciones nos suministran, la construcción es distinta; que por el modo de sentir la religión misma, sus manifestaciones artísticas son otras; ¿qué queda, por tanto, del antiguo templo? ¡Ah! se me dirá. ¿Y la bóveda y el botarel y la torre y el pináculo? Mas aún podré preguntar á mi vez: ¿por ventura la Edad Media dijo la última palabra en materia de construcción? ¿Acaso el tiempo y el estudio no han señalado defectos? ¿Acaso son irremediables? ¿Y si pueden remediarse, y si el arquitecto contemporáneo tiene en su mano resoluciones más convenientes? ¿Es disculpable que renuncie á ellas? De ningún modo.

Quédense, pues, con toda su gloriosa y bien merecida aureola de grandeza las obras de nuestros padres, y aprendiendo en ellas el gran secreto de la belleza arquitectónica, fiel espejo de sus usos, gustos y talentos, emprendamos nosotros obras que digan á la posteridad lo que fuimos, como esas nos dicen hoy lo que ellos fueron.

JUAN BAUTISTA LÁZARO.

LOS GRABADOS

EL CORREO EN EGIPTO
cuadro de Vernet.

Hace más de un año que tiene Egipto el triste privilegio de excitar la compasión de Europa por sus repetidas desgracias. Primero la guerra civil. Luego la invasión extranjera, y por remate de males, el cólera.

Buscando algún asunto interesante y artístico acerca de este país, que pasa por cuna de la civilización, nada hemos hallado que dé idea de su vida y de sus desiertos como el célebre cuadro de Vernet, que reproduce nuestro grabado.

Fué Horacio Vernet hijo de una verdadera dinastía de pintores, y su padre, Carlos, lo fué con gran fama hasta 1836. El hijo heredó las inclinaciones del padre, y se distinguió sobremedera en cuadros de batallas. Nació Horacio en 1789 y murió en 1863.

El catálogo de sus obras exige un libro, porque fué muy fecundo y alcanzó una inmensa popularidad.

El cuadro que nosotros reproducimos en el grabado, es de los más notables de este ilustre pintor francés. Aunque no suele distinguirse ninguna de sus obras por la poesía, son todas notabilísimas por la energía y la verdad de la composición. En este cuadro se separó de sus asuntos favoritos, que eran las batallas; pero permaneció fiel á la realidad, copiando con viva entonación la naturaleza, dándole con su vigoroso pincel esa mágica luz del desierto que impregna de vaga melancolía los objetos más toscos y prosaicos.

El *Correo del desierto* es un tipo que los ingleses harán desaparecer: entrará á formar parte de los antiguos monumentos de Egipto, con las pirámides y las esfinges.

LA DANZA PRIMA

Acompañando al tipo del gaitero, que es general, no sólo á Galicia y á Asturias sino á otras provincias de España, publicamos un baile popular, que por su modestia, sencillez y carácter, refleja el primitivo de los españoles del Norte.

Es el más usado en Asturias, aunque no el único, pues reconocen varios originarios de la *giralda*, del *fandango*, *jota* y *alborada* del país, de la *danza de mujeres*, ejecutada sólo por éstas en Cudillero, Pravia y sus inmediaciones, y del *ó llano*, que es, por decirlo así, el preludio de los bailes en las festividades de los pueblos.

Sobre todos descuella notablemente la antiquísima é histórica *danza prima*.

Este baile es una frase de ocho, nueve ó diez compases, que se ejecuta con un aire moderado, y que participa á un mismo tiempo de composición cantable y coreográfica. Llámase *prima* por haber sido el primer baile que han conocido los asturianos al principio de la era cristiana.

Formando una rueda entre muchas personas, y con las manos enlazadas, tal como aparece en nuestro grabado, los danzadores dan un gran número de vueltas más ó menos rápidas; una sola persona canta la copla, siempre alusiva al baile y á la fiesta, y al fin de ella contestan todos al *unísono* cantando el *estribillo*, después del cual fan un grito extraño (*Hijuu!*...), peculiar tan sólo á los hijos del principado.

SAN JERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Pintura de Luqueto

Entre las pinturas que dejó Luqueto en el monasterio del Escorial, algo flojas como todo lo que pintó este artista, á quien sobra ingenio y faltaba estudio, deben contarse como las mejores el San Jerónimo y el San Jerónimo, que existen en el testero del coro, entre las grandes ventanas que alumbran tan magnífica estancia. En vispera de la fiesta de San Jerónimo, nos ha parecido oportuno reproducir el dibujo de la pintura de dicho Santo, cuyo dibujo energético y bella disposición honran el pincel de Luqueto, vindicándole de las censuras que por otras obras ha merecido.

LA MÚSICA POPULAR EN GALICIA

El amor por la música y la poesía entre el pueblo gallego viene ya de remotas épocas.

Según Estrabón, danzaban en sus fiestas al són de una flauta; y guiando el baile con trompetas, saltaban unas veces y otras se hincaban de rodillas, bajando el cuerpo rectamente. Silio Itálico, al describir las diversas naciones que acompañaron á Aníbal en su expedición á Italia, dice que los hijos de Galicia entonaban extraños cantares; que se gozaban en pulsar á compás las sonoras *cetras*, y en bailar hiriendo la tierra con un pie después de otro. Estas palabras, dice D. Manuel Murguía en su *Historia de Galicia*, dan el último toque á la descripción del antiguo baile de los gallegos, de que es hija legítima la alegre y varonil *Muiñeira*.

Aquellos versos del referido Silio Itálico:

*Nunc pedis alterno percussa vertere terra
Ad numerum resonans gaudens plaudere cetras,*

parecen hechos para describir el baile querido de dichos campesinos: nada falta en ellos, ni el alegre ruido de escudos, ni el prolongado *aturuxo* con que desde la más alta antigüedad los celtas gallegos, como los demás de esta familia, expresaban su alegría.

Así pues, tanto en el característico baile de la *Muiñeira*, como en el tradicional grito del *aturuxo*, en la antigua costumbre de prolongar indefinidamente el melancólico *a-lá-lá-laaa...* con que terminan muchos de los sentidos cantos que aun se oyen en la región galaica, y, por último, en la forma poética de la triada bárdica, restos venerados de otros tiempos, de otros hombres y de otra poesía que aún usa en sus cantares el poeta popular de las montañas que rodean á Santiago, fácil es observar que, á pesar del trascurso de los siglos, no han desaparecido los reflejos del elemento céltico que se descubre en los gallegos descritos por el poeta latino. Y si fijamos nuestra atención en tiempos aun más remotos, ¿quién sabe si por la constante ley del movimiento de los pueblos y de las diversas transformaciones que sus múltiples razas han experimentado al través de los siglos hallaremos algún día que muchos de estos antiguos cantos los entonaban ya en el riñón de Asia las primitivas tribus indo-europeas, trayéndolos á Occidente los hijos de ellas, que con el nombre de íberos ó celtas señorearon esta tierra? Mas dejando á un lado consideraciones históricas que necesariamente nos habrían de alejar de nuestro propósito, y que carecerían de la suficiente autoridad en nuestros labios, manifestemos las gratas impresiones que en tan deliciosas comarcas hemos experimentado al escuchar el rico caudal de música popular que aún atesora el

1 Forma parte de una magnífica obra titulada: *Cantos y bailes populares españoles*, cuya publicación no se hará esperar.

privilegiado suelo gallego, y que desaparecerán muy en breve á impulso de la majestuosa y rugiente locomotora, que cual inexorable ley de civilización y progreso, al recorrer con vertiginosa rapidez sus risueños valles, sus pintorescas costas y sus elevadas montañas, modificará, á no dudarlo, sus tranquilas y poéticas costumbres, imprimiendo en ellas nuevo sello de unidad nacional, que asimilándolas cada vez más á las del resto de nuestra península, dará al traste con todos los elementos que desde época remota formaban lo que pudiéramos llamar su identidad provincial.

Leemos en un moderno escritor que hay algunos pueblos de Galicia donde todavía se ejecuta una danza entre hombres y mujeres, cuando van á algún santuario ó romería, en que, cantando coplas alusivas á la festividad al són de un pandero y una flauta, siguen bailando todo el camino, renovándose los danzantes cuando se cansan; y en vez de llevar paños ó broqueles para bailar al compás, como era costumbre en las procesiones religiosas de otros tiempos, usan un género de instrumento acústico llamado por los gallegos *ferreñas* y en Castilla *sonajas*, muy parecido al *sistro* que usaban los sacerdotes de Isis, al que muchos llaman *curtes*.

Según D. Manuel Murguía, infinitos son los cantos que aún se conservan en Galicia. En ellos se demuestra la gran influencia que tiene sobre el espíritu la vida exterior de sus habitantes. Apenas hay acto de ella, hasta el más vulgar, que no tenga su copla. Estos cantos pueden dividirse en sentenciosos y epigramáticos, históricos, de sentimiento, que dan á conocer las costumbres generales ó de cada comarca, etc.

Su música es, por lo general, poco variada, y tanto en ella como en la letra con que se cantan, domina cierta vaguedad, cierta tristeza indefinible, pero encantadora, característica de los pueblos del Norte.

El tono menor que en muchos de ellos se observa, y su movimiento algo pausado, les da un sello de melancólica sencillez que penetra sutilmente en nuestra alma, haciéndola experimentar vivas sensaciones de placer y de amargura. La espontaneidad musical de estas sentidas quejas del pueblo gallego se armoniza, ó más bien, se funde de tal modo con las pintorescas localidades en que se oyen, que de esta agrupación de elementos que tan vivamente halagan nuestra vista y nuestro oído, se originan á cada paso deleitosos y conmovedores cuadros, llenos de poesía y sentimiento. Se ejecutan generalmente á coro y sin acompañamiento alguno y en particular en el campo, en las aldeas y en las pequeñas poblaciones; mas en las grandes mezclas frecuentemente la gaita, la chirimía, la flauta, la pandereta y el tamboril. Debe notarse que casi todos ellos concluyen con un interminable *a-lá-lá-laaa...* en que ostentan á porfía la duración del sonido, que por grados se desvanece hasta perderse en la profundidad de los valles, de lo cual ha debido originarse la popular copla que dice:

O cantar de galleguño
es cantar que nunca acaba,
qu'empieza con *taila lila*
y acaba con *taila la lá á á á á*.

Donde más puros y primitivos se conservan estos cantos, es en el interior de la región galaica, y más particularmente en las montañas; pues en la parte de las costas que llaman *marías*, suelen adulterarse mucho é introducirse también á cada paso nuevas canciones de origen americano.

Este caudal de melodías que aun existe en Galicia, es el producto de las diversas razas que han colonizado el país, y del distinto cielo bajo el que se desarrolla la inspiración. La melodía del valle y de la montaña, la de la ribera cántabra y oceánica, la del placer y de la melancolía, la del amor y la religión, la que se toca y la que se canta, podían *crystalizar* (digámoslo así) en figuras geométricas opuestas. El cuerpo será siempre uno y el mismo. Sobre la diferencia específica del cantar de Lugo y de la Coruña, de Pradón y de Tuy, se halla el género único: *Galicia*.

El infortunado escritor D. Teodosio Vesteiro Torres, que en 1874 publicó en *El Heraldo Gallego* de Orense un precioso trabajo sobre la música popular de Galicia, y del cual hemos extractado y aplicado á esta reseña gran parte de su más sustancioso contenido, decía en uno de sus párrafos, con el entusiasmo propio de un verdadero amante de su país:

« Todo cuanto fuimos y somos los gallegos, está indeleblemente estereotipado en nuestra música popular. Estos cantos anónimos, brotados de fantasías ignoradas, y transmitidas de padres á hijos, como santa herencia vinculada al país con el sím-

1 A Dios pedimos, y confiadamente esperamos, que no se realicen nunca, y de un modo tan absoluto, los vaticinios del maestro.

(N. DE LA R.)



EL CORREO EN EGIPTO, CUADRO DE VERNET.

» bolo de nuestras aspiraciones y sentimientos, gota
» fresquísima de ese raudal de inspiración y senti-
» miento, que es el carácter distintivo de los descen-
» dientes de las antiguas tribus *gallicas*. »

El carácter femenino de los celtas, añade el referi-
do Vesteiro, trasciende en los cantos gallegos con
toda claridad: aparte de su índole lírica, lo demues-
tra la circunstancia de ser las mujeres las que siem-
pre hablan en ellos. No se ocultó esto á la perspicacia
de Sarmiento y otros escritores, que hallaron un
dato más para diseñar el agradable tipo de la mujer
gallega.

Ella es la que inventa la música y la letra de todos
ellos, para dar á conocer por este medio sus senti-
mientos, dirigirse y decir en verso toda clase de

ternezas y dar avisos y consejos á las personas á
quienes aman, burlarse de sus enemigos, disculpar
sus defectos, etc.

Tal vez á esto se deba el sentimiento esencialmen-
te femenino que en ellos domina.

El erudito escritor D. Manuel Milá y Fontanals,
en su interesante obra de *Los trovadores en España*,
y en la pág. 493, también afirma ser frecuente entre
las mujeres de este país la composición de coplas
con sus tonos ó aires. El canto de estas ú otras co-
plas, añade, termina por un prolongado alarido, se-
gun hemos dicho, que no sería imposible, aunque
parezca poco verosímil, que tuviese relación con el
uso de los antiguos *callaicos patriis ululantes carmi-
na linguis*.

Existe en Galicia una antigua costumbre, que aca-
so contribuya, y no poco segun nuestro sentir, á con-
servar el rico caudal de sus canciones populares. En
las bodas que en ella se celebran entre la gente del
campo, tiene lugar generalmente un certamen de
canto, en el cual sale premiado con el pan de la
boda (*regueifa*) aquel que ha demostrado poseer
mejor voz y saber mayor número de coplas, que las
más son improvisadas. Asimismo, las mujeres cono-
cidas en el país con el nombre de *cantadeiras* suelen
entablar entre sí iguales luchas poético-musicales, ya
recordando, ó bien inventando un sinnúmero de
coplas á cual más sentidas.

En los puertos de las Rías Bajas, también los cie-
gos cantan antiguas canciones, ó las improvisan para



LA DANZA PRIMA.

celebrar la hermosura de la dama, la nobleza de los señores á cuya puerta piden limosna, como también para felicitarles las Pascuas y Año Nuevo.

Nunca deploraremos bastante el que la tradición no nos haya conservado al través de los tiempos la tonada de la histórica é interesantísima canción *No figueiral, figueiredo*¹, de que nos habla Murguía en su *Historia de Galicia*, y en la cual, según asegura, se cantaban las heroicas hazañas de los valientes gallegos libertadores de *las cien doncellas*; como asimismo los cantos de *ultreya* (de peregrinación), que no en lengua vulgar, sino en latín, entonaban los peregrinos que acudían á Santiago, según leemos en la ya citada obra de *Los trovadores en España*, de Don Manuel Milá y Fontanals.

Asegura otro escritor gallego, muy entusiasta de las cosas artísticas y arqueológicas de su país, que en Tuy oyesen aún en los días de fiesta solemne una especie de himno ó marcha que ejecuta un trío de instrumentos de madera en la catedral, y cuyo origen é historia se desconoce, pero que debe ser de remota antigüedad, á juzgar por el especial carácter que le distingue. Hasta la fecha, y á pesar de nuestras reiteradas pesquisas, no nos ha sido posible proporcionarnos esta verdadera curiosidad artística.

Tampoco ha llegado á nosotros la música de unos cantares llenos de melancolía y sencillez, que, según el ya citado Murguía, entonan las mozas de Noya cuando van á la fuente, al molino ó á las *fiadas*, y cuya letra es como sigue:

Qu'unha noite no moñiño
unha noite non é nada;
unha semanilla enteira
esa si qu'é moiñada!...

¹ Escrito ya este artículo, nuestro amigo Varela Silvari, en conferencia particular, nos ha asegurado que dicha canción — que Murguía califica de monótona — existe y forma parte de un grueso volumen de *Composiciones de los siglos medios*, recogidas é ilustradas con notas por Bañeras, distinguido profesor que vivió y murió en Santiago, y que fué mucho tiempo director de la banda de música de la Casa de Beneficencia de dicha ciudad.

² *Ilustración Española y Americana*, año 1874, número 28.

Válgame Dios, meu amore!
sempre ves cando peneiro,
si viñeras cand' amaso
fariach'un bolo enteiro.

Respecto de los bailes populares de Galicia, es muy digno de notar que en ellos el paso y las actitudes de las mujeres son poco variadas, aunque graciosas y sencillas, consistiendo la principal en llevar la vista fija en el suelo, los brazos doblados hacia adelante, manteniendo un movimiento de vaiven conforme al compás, y las manos cerradas, sin castañuelas; en los hombres se observa generalmente que todos sus saltos y brinco de alegría son improvisados, sobre todo al final de la danza; como se hace notar en el baile de la *Muiñeira*, que es el más característico.

Objeto de atención y curiosidad es también para todo músico la gran semejanza de algunos aires de esta región con los de ciertas comarcas de Italia y de Irlanda. Muchos de ellos, por su especial estructura y delicado sentimiento, nos recuerdan asimismo frases melódicas que de continuo vemos en las modernas óperas y en los célebres cuartetos de instrumentos de cuerda de los inmortales clásicos del arte, Heydn y Mozart. En prueba de ello, no creemos aventurado el decir que en el tan popular canto de *Alalás* se halla fielmente retratado el espíritu melódico de la conocida romanza irlandesa titulada: *La última rosa*. El andante del *quartetto* (obra 76) de Haydn, recuerda bastante un cantar que con frecuencia se oye entre los aldeanos de la vega que besa el Miño. Los de las riberas del Ulla tienen también gran parecido con los que entonan los campesinos de las cercanías de Roma, Terracina, Capua y el Piamonte. La balada de Pierotto de *Linda de Chamounix*, respira todo el perfume de los cantos con que alivian sus faenas los pescadores de las costas gallegas. Y por último, ¿quién no halla alguna reminiscencia de la característica *alborada* en la danza de bacantes de Gounod, y no recuerda la música típica de la *Muiñeira* en algunos coros de la *Sonambula*, y más aún en la introducción de *Lucia*, del insigne compositor de Bérnago?

No nos detendremos en vanas reflexiones respecto de estas singulares coincidencias, que no pueden ocultarse al buen criterio del artista, y cuyo origen, no ya de un modo positivo y concreto, mas ni siquiera aproximadamente, es fácil señalar.

Pasemos, pues, á enumerar todos los cantos y bailes que de Galicia hemos recogido y coleccionado, no sin algun trabajo y perseverancia, y que, tanto por su carácter como por la diversidad de ellos, podrán dar una exacta idea del género especial de música que aun se conserva como incrustada, por decirlo así, en los usos y costumbres y manera de ser de los honrados moradores del suelo gallego.

En primer término, y como el más típico de todos ellos, hallarán nuestros lectores diferentes versiones de la *Muiñeira*, ya con letra ó sin ella, y acompañado de cuantas noticias hemos podido adquirir acerca de su origen y modo de bailarlo. La característica *alborada*; algunos cantos de los valles del Ulla, conocidos con el nombre de *Alalás*; el *Cantar do pandeiro*: un canto de las montañas de Cervantes (Lugo); varias tonadas de antigua procedencia, entre ellas una recogida en Pontevedra, que recuerda la estructura y tonalidad del *canto llano*; cantos de cuna; una *cantinela*; un *ami-novo*; un *villancico*; un canto de *aguinaldo*; dos cantos del género de la *Muiñeira*; otro de un labrador; otro de un mendigo de Lugo; otro procedente del Bierzo, un fragmento de música de gaita con la descripción de dicho instrumento, y una pequeña semblanza del gaitero gallego, una noticia sobre el baile llamado *La Pela* ó *El Pelao*; un breve apunte sobre el *Contrapaso*: algunas consideraciones sobre el *aturuxo*, grito peculiar del pueblo gallego, y, finalmente, una canción de las *Marinhas*, forman, por decirlo así, el contingente musical que, como resultado de nuestras investigaciones en el país galaico, daremos á conocer en breve (así lo esperamos) á los amantes del género popular.

Pero ántes de terminar esta pequeña reseña, debemos hacer constar, porque así cumple á nuestra buena fe artística, que si bien la mayor parte de estos cantos, como ya hemos dicho, han sido recogidos y anotados por nosotros mismos durante nuestra per-

manencia en las diferentes localidades que de tan hermoso suelo hemos visitado, algunos de ellos están tomados de la *Historia de Galicia* del referido Murguía, añadiéndoles nueva armonización; otros los debemos a la bondad y decidido entusiasmo que a este ramo de la música profesan algunos hijos del país, que solícitos nos brindaron con su cooperación, para el buen resultado de nuestras investigaciones; y, por último, la valiosa ayuda y protección de muchos de nuestros compañeros de arte, de distinguidos aficionados y verdaderos amigos, cuya excesiva amabilidad nunca alabaremos bastante, ha contribuido también muy poderosamente al logro de nuestros anhelados propósitos.

Nada más justo, pues, que mencionar en este sitio los nombres de D. Marcial del Adalid, D. Isidoro Blanco, D. José Varela Silvani, D. Leandro Vallarino, D. Antonio Castro, D. Santiago Pan, D. Gabriel Rodríguez, D. Ambrosio P. Sierra, D. Juan García, y el maestro San Clemente, de la catedral de Santiago, que tan acreedores son a nuestra eterna gratitud y al aprecio, consideración y estima de todo buen español amante de las glorias de su patria.

José INZENZA.

DOÑA MENCIA

I



DESPUÉS de la jornada de Alcazar-Kebir último y fúnebre eco de las Cruzadas, último esfuerzo del Occidente contra el Oriente, y postrimer aliento de la caballería, un crecido número de oficiales portugueses cayeron en poder de los árabes, y fueron detenidos cautivos en los presidios ardientes que los hijos del Profeta destinaban a los cristianos. Entre ellos se encontraba un anciano, D. Fabián de Monroy, antiguo gobernador, por el rey D. Sebastián, de la ciudadela de Santa Fe, situada en la costa occidental de África, quien, dejando el mando de aquel fuerte a uno de sus oficiales, había ido a colocarse bajo el real estandarte tan pronto como el joven y arrojado monarca había puesto el pie en el suelo africano.

Aquel anciano había tenido en las fatigas y molestias del cautiverio una compañera fiel y la más amable de las consoladoras: era su hija Mencía de Monroy, la cual había seguido a su padre a aquellas playas lejanas, cuando se le promovió al grado de gobernador de Santa Fe, siguiéndole asimismo en medio de los peligros de la guerra y tristezas del cautiverio.

La suerte los había entregado a ambos a un joven caudillo árabe, llamado Yacub, quien los condujo a una casa de recreo, mansión deliciosa cuyas blancas paredes bañaban las aguas azulesas del Mediterráneo, y protegida contra los ardores del Mediodía por el abanico ondeante de un espeso bosque. Eran tratados allí el padre y la hija más bien como huéspedes honrados que como cautivos y enemigos: una habitación espléndida los había recibido y esclavos numerosos adivinaban sus órdenes; Mencía había visto llegar a sus pies los más ricos géneros de los bazares de Fez y Marruecos para contribuir a su tocado: se les abrían cada mañana las alamedas sombreadas de un jardín magnífico, nuevo Generalife, echado como por encanto sobre las crestas sombrías del Atlas; mas ¿quién puede hacer olvidar al hombre la patria y la libertad?

Don Fabián y su hija, en aquella posición espléndida, languidecían de pesar al recordar su país, su religión y familia; sentados largas horas ante una estrecha ventana que daba a la orilla, espían las velas que se deslizaban por el horizonte, esperando ver más pronto la nave que debía llevarles el rescate y la libertad. Ese deseo era tanto más vivo cuanto que habían dejado en Portugal, D. Fabián hijos, y Mencía hermanos y hermanas tiernamente queridos. Dos hijos, Alvaro y Fernando de Monroy, acababan su educación en la universidad de Coimbra; y tres hijas, todavía en la infancia, se educaban con las benedictinas de Eborá. Mencía sola, después de muerta su madre, había seguido a su padre a Santa Fe, y ambos esperaban volver algún día al seno de aquella familia que tan cara les era, y que formaba el objeto constante de sus deseos y conversaciones.

Mas desde su cautiverio, todo parecía conspirar a destruir esa esperanza: los días sucedían a los días, las semanas a las semanas y los meses a los meses, sin que recibiesen noticias de Europa. Ya varias veces había hecho pedir D. Fabián al joven jerife permiso para embarcarse con destino a Lisboa, empujando su fe de cristiano y de hidalgo en que enviaría al momento el más valioso rescate; pero esta súplica sólo había obtenido una respuesta evasiva:

su brillante cautiverio parecía no deber tener fin, y ambos apuraban la copa amarga del destierro y abandono. D. Fabián experimentaba hacia su hija, tan bella y tan joven, temores que no se atrevía a expresar y cuya triste imagen apenas osaba él mismo contemplar. Ella, enteramente ocupada de la suerte de su padre, lo veía con mortales angustias irse apagando lentamente en medio de las ansias de la incertidumbre, de las humillaciones de un cautiverio sin fin, y de la languidez del destierro y la inacción. Nada podía distraerlo: ni las aguas, ni los bosques, ni el canto de los esclavos indolentes, ni los acordes más poéticos y nobles que ella arrancaba a su guzla. Ella no recibía consuelo sino con la lectura de los Evangelios, libro precioso que siempre llevaba consigo, y uno de sus tesoros que pudo salvar después de la batalla de Alcazar-Kebir. Oraba en las largas noches que pasaba en el terrado de mármol, saludaba con sus cantos la estrella brillante del mar, y más de una vez sin duda el viento fresco de la noche llevó a oídos de los marineros el *Ave maris Stella* que repetía la joven cautiva...

Los días trascurrían de ese modo, rápidos, aunque vacíos y miserables. Siete meses habían pasado desde que el rey D. Sebastián dejara sus despojos ensangrentados a sus enemigos, cuando un día, de mañana, se presentó un hombre ante ellos, saludando con un embarazo y frialdad que no excluían el respeto. Pronto lo reconocieron: era un renegado italiano que servía bajo las órdenes de Yacub; en su patria le llamaban Paolo; desde que llevaba el turbante, había tomado el nombre de Ismael...

— ¡Ea! le dijo bruscamente D. Fabián, ¿me traéis, por fin, la respuesta de vuestro señor? ¿Consiente en dejarme partir bajo mi palabra juntamente con mi hija? ¿Hablad!

— Tengo encargo, en efecto, de transmitirlos las proposiciones de Yacub. Tened a bien oírme con sosiego.

Don Fabián se sentó; Mencía, envuelta en los pliegues de un largo velo de gasa, bordado de oro, se acercó a él, reclinándose a medias en los cojines de terciopelo del espacioso sofá.

El renegado tomó la palabra:

— Don Fabián de Monroy, hé aquí lo que me encarga que os transmita Yacub, señor mío y vuestro: sus intenciones para con vos son buenas y pacíficas: ha mirado con ojos afectuosos a vuestra hija Mencía; desea poseerla en matrimonio; y ella será, lo juró por la tumba del Profeta, su única esposa, y podrá practicar el culto de los cristianos. En cuanto a vos, podréis volver a Portugal libre y sin rescate...

— ¡Perro maldito! exclamó D. Fabián, ¡vél apóstata! He oído lo bastante. ¡Yo, yo, dar mi hija a tu señor! ¡Antes!...

— Escuchadme hasta el fin, repuso Ismael con calma; si no aceptáis las amistosas ofertas de Yacub, éste os tratará como enemigo, y su venganza será implacable. Vos, señor de Monroy, seréis contado entre los esclavos; trabajaréis en la tierra, bajo el látigo del vigilante, lo cual durará hasta el fin de vuestros días, pues nunca aceptará Yacub vuestro rescate. En cuanto a vuestra hija, la hará enviar al mercado de esclavos en Fez, y vender públicamente. Tenéis tres días para decidirlos.

El silencio más sepulcral siguió a estas palabras: el veterano del rey D. Sebastián, con la cabeza oculta en las manos, parecía querer ocultar de la vista del renegado el dolor retratado en su semblante; un temblor convulsivo agitaba el cuerpo de Mencía, y se oían profundos suspiros escaparse de su pecho. Ismael pareció enternecerse: cuerdas mudas hacía largo tiempo vibraron en su alma; repuso con más dulzura:

— Don Fabián, creedme; ceded ante la necesidad, y no tendréis por qué arrepentiros; si Yacub es terrible en su venganza, es sin embargo, justo, recto y fiel a su palabra. Vuestra hija podrá ser tan feliz con él como con un esposo cristiano, pues la amará tiernamente desde el día en que fué llevada prisionera a su presencia; sólo se ocupa de ella, y su poder se empleará en proporcionar su dicha. Por su origen es digno de ella: desciende de los antiguos reyes de Granada; y bien sabéis que más de una vez la tribu de los alhamares se unió a las más nobles familias españolas. En fin (y al llegar aquí una nube sombría cubrió la frente del renegado), ella podrá servir a Dios a su modo, sin que él quiera ni convertirla ni violentarla...

— ¡Basta! dijo D. Fabián incorporándose; dentro de tres días tendréis mi respuesta...

Ismael se retiró. Mencía se había puesto de rodillas al lado de su padre, y besaba sus manos llorando.

— ¡Padre mío, dijo ella al fin, ordenad!

— ¡Oh! hija mía, si sólo se tratase de mí, ¡cuán pronta sería mi determinación! ¡cuán poco me costaría mi resolución! ¡No disputaría a la miseria, al

padecimiento, a la esclavitud, a la muerte, los pocos días que me quedan; pero tu destino, Mencía, no puedo abandonarlo como haría con el mío! ¿He de confiarle a un esposo bárbaro, desconocido, o deberé entregarte a todo el furor de su amor despreciado? ¿Qué pide Dios? ¿Qué exige el honor? ¿Debes enlazarte de un modo irrevocable con un enemigo de tu fe y de tu país, o exponerte a la vergüenza de una venta en un mercado?... ¡Tiemblo al pensarlo! ¡oh, hija mía querida! ¿puedes perdonar a tu padre el haberte arrastrado tras sí hacia estas riberas funestas a nuestra raza?

— ¡Oh, padre mío! dijo ella; padre mío querido, sólo veo una cosa: vuestro peligro y el desamparo de mis hermanos y hermanas. Estoy pronta, si os dignáis consentir en ello, a dar mi mano a Yacub, con tal que él me jure que podré servir a Nuestro Señor Jesucristo en la fe católica, más cara para mí que la vida.

— Hija mía, dijo el anciano abatido, no podéis tomar con tanta ligereza una resolución tan grave; pensad en ello ante Dios; pedidle sus luces, é inspireos lo que os inspire, Mencía, ¡bendita seas para siempre!

A eso de la tarde, bajó la joven al jardín silencioso; penetró bajo una larga alameda de plátanos y algarrobos, en cuyo extremo se veía el círculo rojizo del sol poniente, cuyos últimos reflejos iluminaban los troncos de los árboles, haciéndolos asemejar a columnas de bronce y oro. Anduvo algún tiempo absorta en sus pensamientos, cuando, alzando la cabeza, vió llegar a su encuentro un hombre vestido con un sayal pardusco, cuyos pliegues rectos caían hasta sus pies desnudos, y llevando a la cintura un Crucifijo de cobre y un gran rosario. Ella apresuró el paso, y encontrándose cerca del desconocido, lo miró con atención: había pasado del medio día de la vida; mas al través de los estragos que en su rostro habían causado los años, las fatigas y austeridades, se discernía en él como un rayo de inmortal juventud, como un destello de eternidad y esperanza. Saludó a Mencía con benignidad, y le dijo con tono sensible y apacible:

— Sois, si no me equivoco, la joven prisionera portuguesa, con quien pretende casarse el chique Yacub... ¡Hija mía, a vos buscaba yo!...

— ¡Padre mío, el cielo os envía! ¿Sois religioso?

— Miembro indigno de la Orden de San Agustín. Soy prisionero como vos; Yacub me hizo salir hoy de mi calabozo, con la esperanza de que bendeciré su matrimonio.

— ¿Conque todo lo sabéis? ¡oh padre mío, vos sois la guía que he pedido a Dios! ¿Qué hay que hacer? ¡Aconsejadme, ilustradme!

— Yacub me ha referido los ofrecimientos y amenazas que os ha hecho. Lo creo sincero en los unos; sé que sería inflexible en las otras. Vuestra honra, la libertad, la misma vida de vuestro padre, exigen de vos un gran sacrificio... Pero ante todo, hija mía, ¿os pertenecéis? Vuestro corazón y vuestra fé ¿no están comprometidos?

— Padre mío, soy libre: nadie posee derechos sobre mi persona.

— En tal caso, hija mía, seguid el designio de la Providencia. Ella os está llamando aquí; ella os ha designado vuestro puesto en estos lugares. Escrito está: «La mujer fiel servirá al esposo infiel.» ¿Quién sabe qué victoria podréis procurar a los estandartes de Jesucristo! Y aun cuando el que va a ser vuestro esposo se obstinase en cerrar los ojos a la luz, ved en torno vuestro ese pueblo numeroso de esclavos, hermanos y compañeros vuestros, amenazados cada día en su fe y vida; necesitan una mano poderosa que los sostenga; un ejemplo que los fortalezca: vos seréis su consoladora, su apoyo y su madre; ampararéis a vuestro lado a esa porción del rebaño del Buen Pastor; y aun cuando no hicierais más que endulzar aquí los males de uno de esos cautivos, que conservar en la fe a una de esas almas rescatadas con la sangre de un Dios, grande sería vuestro destino, y valdría más que el trono de Portugal.

El calor con que acababa de hablar había hecho subir a las mejillas del religioso un débil sonrojo. Mencía, incierta aún, lo miró y dijo:

— ¡Conque ese es mi deber! ¡ya lo había yo presentido! Pero, ¡ay! ¡qué prueba! ¡qué destierro!

— ¡Hija mía, dijo el religioso con voz más baja, no hay prueba cruel para quien contempla la cruz: no hay destierro insoportable para quien contempla el cielo! Salváis a vuestro padre y vuestro propio honor; servís a Dios en sus miembros dolientes: ¿qué más queréis?

— Es cierto, dijo ella; venid, vamos a anunciar a mi padre mi determinación. ¿Bajo qué nombre os he de anunciar a él?

— Bajo el de Tomás de Jesús, de los ermitaños de San Agustín.

II

A los dos días, recibió Yacub á Mencía de manos del P. Tomás de Jesús ante un altar improvisado que adornaban algunas flores silvestres y numerosos hachones; y quizá se conformó algún tanto con su suerte la joven portuguesa, al contemplar el noble porte, el aspecto viril y guerrero de su esposo; quizá se reconcilió aún más con tan extraño destino, al ver cuán profunda ternura había inspirado al moro, y el amor soberano de que en adelante se veía rodeada su vida. Sin embargo, hubo para ella un momento de cruel angustia, de mortal dolor, y fué cuando, después de haber recibido de rodillas la bendición paterna, vió la falúa que llevaba á Don Fabián, hendir, demasiado ágil y rápida, las olas azulosas de la mar, y desaparecer, en fin, en medio de los dorados vapores del horizonte. En vano su padre, al darle el último adiós, le había repetido cien veces:

— ¡Yo volveré; quiero vivir y morir en los lugares en que vives tú, Mencía!

Ella no pudo enjugar su llanto; su esposo la consoló con dulzura; y, obligado á alejarse, le permitió llamar á su lado al P. Tomás, quien acudió al momento.

Sentóse cerca de ella, y la miró con compasión paternal.

— ¿Lloráis, señora? le dijo al fin.

— ¡Ay! contestó ella, ¿no lloraban los hijos de Israel á orillas de los ríos de Babilonia, y no estoy yo, como ellos, desterrada para siempre de mi Sión, de mi querida patria? ¡No he de volver á ver á los que tanto quiero! Os había hecho llamar, padre mío, porque me parecía que vos también debíais experimentar parte de mis penas, y que por tanto sabríais comprenderlas...

— Tengo un corazón de carne, hija mía, dijo él, y como á vos me sucede echar de menos los lugares en que se meció mi cuna, mis padres, amigos, cuyo recuerdo vivirá siempre en mi memoria, y sin embargo ¡ved lo que puede la gracia de Dios en una pobre alma! ¡dos veces he rehusado la libertad!

— ¡Qué! padre mío, exclamó ella, ¿podríais salir de estas regiones bárbaras, y os quedáis en ellas?

— ¡Permanezco prisionero voluntario por amor de Jesucristo, por amor del que se entregó por mí! Dios me hizo comprender lo que de mí quería: yo soy aquí el siervo de los siervos, el esclavo de los esclavos; vivo entre estas pobres gentes para consolarlas, fortalecerlas y tener sus corazones elevados hacia el cielo; celebro la sagrada misa en las tinieblas de los calabozos, y el Dios del cielo desciende, á mi voz, en medio de los cautivos; exhorto á los moribundos, y pongo en sus labios desfallecidos el Pan de vida, la prenda de la dicha y de la soberana libertad; me esfuerzo por contener en la fe á las almas que desfallecen; trabajo, en fin, cuanto puedo en la mies del divino Maestro, y no echo de menos ni el esplendor de la corte de Portugal ni el silencio estudiantil del claustro, que tanto amé en otro tiempo... Estoy donde Dios quiere que esté... ¿qué más he menester?

— ¡Pero los peligros que corréis!

— ¡Y la gloria del martirio! ¡y la dicha de derramar mi sangre por el querido Crucificado! Aceptemos nuestra tarea, querida hija: ¡á mí la palma del martirio! ¡á vos las rosas siempre bellas de la caridad!

Mencía se hallaba vivamente conmovida.

— Sí, dijo ella, vos me guiaréis por el camino que debo seguir, y yo haré por los pobres esclavos, por los pobres cristianos desamparados y cautivos, cuanto me ordenéis.

El religioso se incorporó, y dando su bendición á Doña Mencía, le dijo con voz penetrada:

— Sed para vuestro marido una esposa sumisa y fiel; para los pobres esclavos una generosa protectora, y Dios estará con vos. Adiós, hija mía.

Retiróse; pero el recuerdo de su virtud quedó en el corazón de Mencía, como uno de esos perfumes que se respiran para fortalecerse en los desfallecimientos y fatigas de una larga jornada. Obedecióle, y su vida entera quedó consagrada al deber y á la caridad. Para Yacub, era la más amable de las esposas; excedía todo cuanto había esperado, y él, que sólo conocía las indolentes bellezas del serrallo, encontraba en aquella compañera cristiana la virtud, la inteligencia y la bondad que hacen á la mujer igual del hombre. Reinaba sola en la casa y en el corazón de su marido; y el poder, la riqueza, la libertad de que gozaba, no los empleaba sino en obrar el bien. Por ella los padecimientos de los esclavos eran dulcificados cada día; los enfermos, los ancianos, recibían caritativos cuidados, escogiendo con preferencia aquéllos cuya salud eterna se hallaba expuesta en las cadenas por la crueldad

de sus señores y lo tibio de su fe; sus limosnas y las que obtenía de Yacub pasaban por manos del Padre Tomás de Jesús, llevándose así á cabo un gran bien en aquellas playas tan temibles para los cristianos.

Mencía se consideraba, por fin, dichosa; sabía que su padre, hermanas y hermanos se hallaban reunidos, y esperaba volverlos á ver algún día; ya no echaba tanto de menos su país, pues los lugares en que se la amaba y en que hacía el bien se convertían para ella en patria; formaba para el porvenir grandes proyectos de celo y caridad; quería, con el dinero de sus joyas, levantar una capilla en que los pobres cautivos pudiesen reunirse y fundar para sí una misión continua que perpetuase la obra del Padre Tomás, y sembrase el buen grano en aquella tierra extraña. Hablaba de sus planes con delicia y se disponía todavía á trabajar sobre la tierra, cuando ya se la encontraba dispuesta para el cielo.

III

Era una noche oscura de África, llena de silencio y espanto. El cielo, sin estrellas, se hallaba oscurecido por lívidas nubes, cuyos lados dejaban escapar relámpagos; ruidos lejanos, ruidos apagados bajo las malezas, eran los únicos rumores que turbaban la calma terrible, que precede á la borrasca; y sin embargo, despreciando los signos precursores de la tempestad, una mujer subía sola una áspera senda, abierta en la roca y que conducía á una meseta aislada de la cordillera del Atlas. Durante una hora entera salvó con penosos esfuerzos las rocas agudas que desgarraban sus pies, y llegó por fin, perdido el resuello, al término de su jornada.

En esa meseta, quemada por los fuegos del sol, y en la cual se levantaban, azotadas por el viento, algunas palmeras de troncos delicados, veíase una pequeña cabaña edificada con piedras secas y cubierta de hojarascas. Era la residencia de un santón célebre en la comarca, y que vivía de las limosnas que le llevaban los que iban á consultarle. La mujer tocó á la puerta de la miserable mansión, y se encontró en presencia de un anciano vestido con una mala túnica y un turbante hecho jirones. La cabaña no tenía más mueblaje que un jarrón y unas esteras; una pequeña lámpara esparcía en ella su pálida luz. El anciano lanzó á la joven una mirada feroz, y le dijo:

— ¿Qué me queréis?

— Vengo á ofreceros estos presentes, dijo ella descubriendo un cesto lleno de frutas y pan, y á consultaros. Dicen que todo lo sabéis: sin duda me conocéis.

El levantó la lámpara, fijó en ella sus miradas sombrías y penetrantes, y le dijo:

— Sois Aiya, en otro tiempo sultana favorita del chaïque Yacub, y abandonada hoy por causa de la cautiva cristiana.

— Sí, dijo ella alzando la frente, soy Aiya; Aiya la despreciada, la abandonada, y sin embargo, como Yacub, descendiendo de los reyes de Granada; nuestros padres reinaban en la Alhambra, la sangre de los alhamares corre por nuestras venas, ¡y él me ha abandonado por la pálida hija de un cristiano!

— Tienes graves ofensas que vengar, dijo el santón con tono incisivo: las tuyas, las de tu raza y las de nuestra religión insultada cada día por la cristiana.

— Me has comprendido, repuso ella; preciso es que esa cristiana muera.

— ¿Y tú vienes á pedirme mi apoyo?

— Sí.

Los labios del santón trataron de sonreír: registró los pliegues de su túnica, tomó un paquete encerrado en una cajita de aloes, y dijo á Aiya:

— Echa estos polvos en el brebaje de tu señora, é irá á reunirse con Elbís.

Aiya tomó el veneno con mano temblorosa, y murmuró:

— ¡Yacub llorará!

— ¡Y los cristianos serán abandonados, y no levantarán templo alguno á su Mesías! añadió el anciano con una sonrisa de triunfo.

— Adiós, dijo ella arrancando el brazalet de oro que adornaba su brazo; acepta esto, y está seguro que mañana, antes de ponerse el sol, nuestros agravios quedarán vengados.

Partió; y en el momento en que volvía al palacio de Yacub, una tempestad terrible inclinaba los bosques del Atlas, y levantaba á lo lejos las olas del mar espumoso.

IV

Yacub había salido á cazar; Mencía se había ocupado todo el día en hacer vestidos para los esclavos, y al acercarse la noche, rendida de calor, fué á sentarse en un terrado bañado por el mar.

Aiya sola estaba á su lado, pues las esclavas del harem se habían convertido en siervas de la esposa del chaïque, y Mencía, ignorando su pasado, las trataba con suma dulzura, esforzándose por atraerlas á Jesucristo. Aquel día, más que nunca, se había mostrado bondadosa para con Aiya, á quien suplicó del modo más afable y cariñoso que le llevase un vaso de agua. La esclava, sin palidecer, tomó el agua que había preparado, exprimió en ella el jugo de una granada, y presentó la copa á su señora.

Mencía bebió lentamente, mas al momento un fuego devorador se apoderó de sus entrañas; no pudo hablar y cayó desfallecida sobre los cojines. Aiya la contempló con la alegría que produce la venganza satisfecha, y acercándose al fin, dijo á Mencía:

— Vas á morir: has bebido un tósigo.

Mencía comprendió; juntó las manos, y haciendo un penoso esfuerzo:

— ¿Qué os he hecho? dijo. ¡Queríais mi muerte! y yo, os perdono de todo corazón... ¡Alejaos, Aiya, alejaos! La ira de Yacub sería implacable... ¡Huid, y dejadme morir!

Aiya cayó de rodillas:

— ¡Y qué! exclamó, ¿me perdonas? ¡quieres que me salve!

— ¡Sí... sí... Jesucristo perdonó! ¡Oh mi buen Jesús! esta mañana os recibí en la Sagrada Mesa; recibidme ahora en vuestro Paraíso...

No pudo decir más: Aiya sólo oyó estas palabras: «¡Yacub! ¡Padre mío! ¡Dios mío!» proferidas en medio del estertor de la agonía; cuando la muerte se hubo esparcido por las facciones descompuestas de la cristiana, Aiya huyó sin volver la cabeza.

Yacub no se consoló de la muerte de su mujer; los pobres esclavos de todas las naciones llevaron durante mucho tiempo flores al sepulcro de Mencía de Monroy, y el P. Tomás de Jesús, que no tardó en sucumbir á consecuencia de las fatigas del apostolado, fué enterrado no lejos de ella.

Largos años después de esta muerte trágica, en un convento de penitentes, en Catania, capital de la isla de Sicilia, vivía una religiosa cuyas mortificaciones parecían sobrehumanas. Poco se sabía acerca de ella, á no ser que era de origen africano, y que un Padre de la Merced, después de haberla bautizado, la había llevado á aquel monasterio. En el obituario del convento se inscribió lo siguiente: «Aiya, en religión *Sor Tais*, notable por la regularidad de su vida y sus grandes penitencias. ¡Dios le dé la paz!»

UNA MUJER FUERTE

Leyenda histórica

I

RESOLUCIONES ÍNTIMAS

— Señor, aquí hay una carta para usted.

Una joven aldeana, que llevaba un vistoso tocado, decía esto, medio abriendo la puerta de una habitación modestamente amueblada, donde se hallaban dos personas: una joven de rubia cabellera, ojos azules y cutis transparente, que tenía en sus brazos un niño dormido; y un hombre de apenas treinta años, de fisonomía formal y afable y que sentado, con las piernas cruzadas y apoyando el codo en una mesa, pasaba sus ojos desde la madre al hijo. No puede explicarse el amor y el cariño que aquella inteligente y pensativa mirada contenía en sí.

— ¡Una carta para mí! dijo levantándose y dirigiéndose de puntillas hacia la puerta; démela usted, Ana.

Y cogió la carta que le daba la aldeana, cuyos brazos, llenos de harina, manifestaban que el cartero la había sorprendido en una de las grandes faenas de la casa.

Se volvió él á su sitio con las mismas precauciones que había tomado al levantarse: se sentó y rompió el sello.

La joven no había visto nada ni parecía haber oído nada; sus ojos estaban fijos en el sonrosado semblante de la niña; y el monótono canto que entonaba dando vueltas por la habitación no se había interrumpido, aunque hacía un rato se iba debilitando, y al fin cesó de repente. La niña no levantó sus blancos párpados ni hizo movimiento alguno, porque estaba bien dormida. Entonces la joven se fué silenciosa adonde el marido estaba leyendo y se inclinó hacia él. Alzó éste la cabeza, se sonrió y besó con

1 Lo principal de esta novelita es histórico. Doña Mencía de Monroy se casó con un jefe árabe; siguió profesando la religión cristiana, y fué madre y protectora de los cautivos. Su muerte prematura fué atribuida al veneno.

celeridad, primero la húmeda mejilla de la niña y en seguida la inclinada frente de la madre, que levantándose al punto se fué hacia la cuna, colocada en un lado de la habitación. El colchoncito y la almohada estaban ya muy bien mullidos y arreglados con esmero; la joven depositó allí su preciosa carga, y después de haberse cerciorado de que la dormida se hallaba muy bien puesta, y de haber besado con mucho cariño una de sus manecitas, abierta y caída á causa del sueño, subió la ropa de la cama, la abrigó, detuvo un instante su mirada sobre aquel ángel dormido y, como á pesar suyo, dejó caer las largas cortinas de indiana azul. Hecho esto se volvió hacia el extremo de la habitación donde se hallaba su marido y, apoyándose en el respaldo de la silla de éste, pudo examinar la carta que él mismo continuaba leyendo.

— ¿Qué vas á hacer, León? le preguntó cuando sus ojos llegaron á la firma de la carta.

— Iré, contestó. Mr. Rouvel me anuncia al fin una solución, y voy á saber qué es lo que podemos salvar de este naufragio. No me atrevo á esperar que los asuntos de este desdichado, que ha sembrado la desolación y la ruina en nuestro país, hayan tomado mejor sesgo. No obstante, cuando pienso, María, en el género de vida que esta catástrofe te proporciona, quisiera poder engañarme y no creer en nuestra ruina.

— Sé, León, que te inquietas, á pesar de cuanto yo pueda decirte; y sin embargo, te aseguro que me hallaré aquí dichosa en nuestra medianía. ¿Qué me importa ser rica? Me gusta tu pintoresco país de Bretaña: me gusta ese antiguo pabellón, donde nosotros, como aves de paso, hemos formado nuestro nido y que tú has arreglado tan bien para mí; me gusta nuestro precioso verjel, donde nuestra niña Alicia dará en medio de nosotros sus primeros pasos; me gusta y admiro ese magnífico panorama que á todas horas del día se extiende delante de mis ojos y que no veía yo desde nuestra espléndida casa de Angers, como no veía las montañas doradas por el sol, ni la mar, esta maravilla entre las maravillas de Dios.

Y al decir esto, la joven extendió el brazo hacia la ventana, que estaba abierta, desde donde se veía la mar azul y tranquila.

— ¿No es esto bien hermoso? dijo: y sin embargo, no cuesta nada.

— Tú, María, eres la mujer mejor y más poética del mundo, le dijo el marido, apretándole la mano que le tenía puesta en el hombro.

— ¡Buena! ¡ah! bien quisiera serlo, León, y no desespero de llegar á conseguirlo; poética, lo he sido siempre un poco. Quiero mirar la vida bajo su aspecto mejor; y aun concediendo gran participación á sus exigencias y á sus realidades, de que no podremos librarnos, quiero que las flores me oculten las espinas el más largo tiempo posible. Muchas veces me pregunto en qué consiste que, por lo común, los hombres se desencantan tan pronto y no tienen sino desprecio para este tesoro de cariño que se halla en el corazón de la mujer. Si tú hubieras sido de esos hombres absorbidos por los intereses materiales, y que ridiculizan desde las alturas de su egoísmo, porque todos ellos son egoístas, los gustos y los sentimientos de su mujer, hubiera yo sido desgraciada. He visto de estos hombres, León, los he visto tiernamente queridos de aquellas con quienes se habían desposado por conveniencia ó por interés; y he sentido las amarguras de corazón y de amor propio de esas infelices mujeres, muy respetadas en apariencia y muy desamparadas en realidad. ¡Ay, Dios mío! su suerte me ha causado horror. Si hubiera vivido mi madre, al tratarse de casarme le hubiese dicho: escoja usted para mí, y me habría casado á ciegas con el que ella me hubiese elegido, porque tenía la vista muy penetrante y muy segura; pero mi padre ya era otra cosa. « Ahí tienes un joven que pide tu mano, me decía; la edad, la familia, la fortuna, todo es adecuado: ¿qué dices? » — Y cuando yo contestaba que por haber bailado dos ó tres veces con uno no lo conocía. « Bah, replicaba mi padre, todos son lo mismo: algo ligeros, algo gastadores y algo calaveras, pero con el tiempo entran en caja. » — Y al oír yo esto, francamente lo confieso, siempre me negaba.

— Mira lo que son las jóvenes, dijo León riéndose; necesitan un marido á quien puedan idealizar.

— No, caballero, no, contestó la joven fijando sobre el marido sus grandes ojos azules, que brillaban con vivo afecto, le ruego á usted que no se juzgue como un ideal, papel que de ningún modo le corresponde, porque tiene un aire demasiado formal y unos bigotes demasiado largos.

León se echó á reír.

— Sin embargo, dijo, mi aire y mis bigotes no te causan mucho miedo.

— ¿Qué sabe usted? siguió la joven con el mis-

mo tono de broma. Antes que nos hubiésemos casado, cuando usted llegaba haciendo piruetas con el caballo para lucir su habilidad de buen jinete, creía usted positivamente que estaba yo detrás de la cortina de la ventana espiando su llegada.

— Yo lo creía y era cierto, dijo alegremente el marido; cree que no se me ocultaban tus ardiditos de soltera. Si mis ojos recorrían á la legua la fachada de la casa, solían también llegar hasta la ventana del pabellón: ¿te acuerdas?

— Sí, pero yo me creía tan invisible, que atribuía á la casualidad aquella mirada que llegaba hasta allí. Ni aun puedo comprender cómo adivinabas mi presencia, porque las cortinas estaban con anticipación muy bien corridas, y yo no desviaba sino lo indispensable para poder colocar un ojo.

— Es igual; ese punto, por pequeño que fuese, me parecía dispuesto para que pasase una mirada, y las cortinas no eran tan tupidas, que no me permitiesen ver la sombra que se marcaba vagamente detrás de ella: los amantes tienen buenos ojos.

— Ya lo conozco, dijo la joven sentándose para continuar la conversación; ahora me queda por preguntarte, León, qué es lo que yo debía pensar desde lo alto de mi observatorio.

León miró á su mujer y se echó á reír.

— No tan fuerte, dijo ella, señalando la cuna, y contéstame, pero con mucha franqueza.

— Ciertamente, María, debo confesarte que no me acuerdo de las suposiciones que formaba yo entonces sobre el particular.

— ¡Ah, los hombres, los hombres! dijo María con un gesto algo desdeñoso, todos son así, olvidadizos é ingratos.

— ¡Cómo! dijo León, arreglándose el bigote y con los ojos fijos en su mujer.

— Lo que te digo es cierto, repuso con viveza María, no tienen ninguna memoria para lo que toca al corazón. No hace dos años que nos hemos casado, y todo aquel tiempo de noviazgo, de que yo me acuerdo hora por hora y minuto por minuto, usted lo ha olvidado completamente.

— No te incomodes tanto, querida, le dijo cariñosamente León, que sin embargo se estaba riendo del animado tono de María; quizá la dicha presente me hace olvidar algo la felicidad pasada; pero no veo que haya motivo para quejarse de esto. Además de que es posible que me acuerde. ¿Qué era lo que me preguntabas?

— ¿Qué pensaba yo desde lo alto de mi observatorio?

— ¿Conque te he de decir lo que tú pensabas? Que yo era un caballero regular, con quien podías casarte sin compromiso para tu amor propio de mujer.

— ¡Vaya, qué presunción! Pues no era así, no pensaba yo en eso; sino que me preguntaba si ese apuesto caballero que andaba haciendo piruetas delante de mí, y que me manifestaba tan respetuoso y tan ardiente amor, no se trasformaría después de nuestro casamiento en un sér egoísta que se cansaría muy pronto de su mujer y buscaría en la disipación un término á su aburrimiento.

— ¡Qué previsión! Vaya usted ahora á fiarse de la poesía y de la confianza de las jóvenes; esta conducta es propia de las más razonables, pero también de las más prosaicas, y hubiera sentido perfectamente á una novia de treinta años; mas por otra parte, mi comportamiento anterior, ¿no debía garantizar-me de esas injuriosas sospechas?

— Tú olvidas que yo apenas te conocía y que aun no te amaba. Tú pensabas en mí, me llamabas en tu corazón tu esposa, mientras yo no te miraba sino como un joven de buena conversación y de buena sociedad, cuyos obsequios me turbaban un poco y me ponían algo cavilosa. Sin embargo, no dejaba yo de tener miedo; porque mi madre me ha tenido siempre prevenida contra las infatuaciones románticas, y no quería yo hacer alguna tontería casándome sin estar bien aconsejada.

— Muy bien, María, no te creía yo tan razonadora ni tan razonable, permíteme que te lo diga; y estaba muy lejos de pensar que tu mente discurriera en ese sentido. Ahora es necesario que no se me olvide que tengo que ir á la ciudad. Hoy sabremos lo que nos quedará de nuestros bienes, tan desgraciadamente capitalizados por mi tutor. Nuestros hijos no serán ricos; pero lo que tuvieren, no será nunca entregado á imprudentes especulaciones. Dame esa carta; ¿dónde está el sobre?

— Aquí, dijo la mujer bajándose para cogerla: ¡ah! pero no me equivoco, esta carta viene dirigida al señor marqués de Montañell, en el castillo de Montañell.

— ¿Y qué, María?

— ¿No ves tú, León, que este antiguo pabellón es un miserable castillo y que yo soy una pobre marquesa? Sería verdaderamente gracioso que Ana vi-

niese todas las mañanas á decirme: « Señora marquesa, usted se ha olvidado de revolver la papilla de la niña. »

León se echó á reír y se levantó.

— ¿Conque te vas? dijo María.

— Sí.

— Pues bien. Ve á ensillar tu caballo y por mi parte voy á prepararme. Te iré acompañando hasta la cruz, porque allí cerca tengo que hacer una visita.

— ¡Una visita! ¿A quién?

— A la mujer de Antonio el marinero.

— ¿La que se está muriendo tísica?

— Precisamente. Hace días que no he ido á verla. ¡Dios mío! ¡qué triste es morir joven, dejando hijos detrás de sí! Esa pobre Magdalena padece cruelmente y está viendo consumirse á su hijo. Cuando la veo inquietarse y llorar su próxima muerte, siento no ser rica. ¡Si nos fuera posible pagar los meses de nodriza para ese infeliz niño!

Esta frase, expresada con dolor, tenía el carácter de una súplica.

— Ya te he dicho, contestó formalmente Mr. de Montañell, que nosotros no podemos en el día pensar en esa obra de caridad. ¿Para qué obligarme á recordarte continuamente las dificultades y apuros de nuestra posición?

Y se salió del aposento.

Habiendo quedado sola la joven, fué á la cuna de la hija, alzó con cuidado las cortinas, y viendo que dormía profundamente, bajó también á reunirse con el marido.

— Ana, dijo á la joven aldeana, que hilaba junto á la puerta, la cual estaba abierta, suba usted á mi cuarto y quédese allí hasta que yo vuelva. No tardaré mucho, pero si Alicia despierta, podrá usted tomarla y pasearla entretanto; procure usted que no llore, y tenga con ella mucho cuidado.

Dadas estas órdenes, se puso un sombrero de paja, abrió una alacena y colocó en una cesta unos restos de carne y de pan, y en seguida fué á reunirse en el patio con su marido, que acababa de traer un jaco del país, ya del todo ataviado.

Al ver á su mujer, se echó las riendas sobre el brazo y ambos juntos se apartaron de Montañell. Iban hablando hasta que llegaron á una pequeña altura, es decir, que había una cruz de piedra. María puso la cesta sobre el pedestal, y por un momento estuvieron admirando el maravilloso espectáculo que el mar les ofrecía: en seguida se separaron. Mr. de Montañell subió á caballo; María, apoyándose en el pedestal de piedra, lo siguió con la vista hasta la vuelta del camino, que conducía á la ciudad, y después que hubo desaparecido se quedó algún tiempo pensativa con los ojos fijos en el mar. Volviendo en sí de su distracción, se puso en el brazo el cestito, tomó por un sendero pedregoso que bajaba á la playa, y con paso rápido se encaminó hacia una casita aislada, construída al respaldo de la montaña y á la vista de un caserío que había delante de ella en un campo inmediato.

(Se continuará.)

EL CRISTAL



AN nombrada por la importancia de su fabricación la cristalería belga, no ha cesado de hacer progresos. Los mercados de Ultramar, últimamente conquistados por los industriales, auxiliados por agentes comerciales activos é inteligentes, son un manantial de negocios y un seguro destino de los productos. Además no cesan de desarrollar sus relaciones exteriores que procuran aumento de fabricación.

La prosperidad de esta gran industria consiste en que los fabricantes belgas, con la constancia propia de su carácter, han estudiado las numerosas aplicaciones que el cristal tiene en las artes, en las ciencias, en la industria, en las necesidades domésticas, en el lujo y decoración de las habitaciones, y cómo atiende y satisface todas estas demandas, es ciertamente admirable.

Existen en Bélgica 213 hornos, de los cuales 176 están hoy en actividad. Estos hornos pueden producir anualmente cerca de veinte millones de metros cuadrados de vidrio plano, con un valor de cuarenta á cincuenta millones de francos; ocupan 8.500 obreros, que ganan, por jornales, de ocho á diez millones de francos por año, y se consumen en ellos próximamente

4.570.000 toneladas de carbón.	
85.000 " de arena.	
34.000 " de sosa.	
34.000 " de cal.	

Los principales mercados para la cristalería belga son:

Inglaterra y sus colonias.....	36.000.000	kilogramos.
América.....	14.500.000	"
Alemania.....	5.500.000	"
Turquía.....	4.000.000	"
Países-Bajos.....	4.000.000	"
Suecia, Noruega y Dinamarca...	8.500.000	"
China.....	3.000.000	"
Hamburgo.....	2.800.000	"

El total de las exportaciones de cristalería belga fué en 1879 de 83.000.000 de kilogramos.

Hé aquí el término medio de las exportaciones:

EPOCAS.	EXPORTACIÓN. Kilogramos.	VALOR. Francos.
1840 á 1850	8.077.613	3.385.926
1851 á 1860	23.266.383	6.884.385
1861 á 1870	36.550.389	9.577.570
1871 á 1875	55.558.939	21.940.042
1876 á 1879	80.000.000	25.000.000

En el intervalo de 25 años, de 1850 á 1875, el aumento ha sido de cerca de 85 millones de francos.

El valor total de la producción del vidrio y cristal en Bélgica ha sido y progresado del modo siguiente:

1845	6.029.347 francos	1865	19.270.900 francos.
1850	8.278.220 "	1870	28.764.500 "
1855	12.799.700 "	1875	43.480.280 "
1860	18.512.000 "	1879	38.000.000 "

La producción de botellas no es tan considerable como en los demás ramos; ha sido en el quinquenio de 1871 á 1875, por término medio, de 10.500.000 botellas con valor que varía entre 1.200.000 y 1.600.000 francos.

La exportación media de este artículo fué:

En 1861 á 1870, de 79.565 francos.

En 1871 á 1875, de 345.000."

El aumento notable de este último quinquenio es debido al desarrollo extraordinario del comercio en los años 1871, 1872 y 1873. Inglaterra, las Ciudades Anseáticas, los Países-Bajos, Francia, los Estados-Unidos, Cuba, las posesiones inglesas y América del Sur, son los principales mercados para las botellas belgas.

Después de estos datos que demuestran el gran desarrollo que la fabricación del vidrio y cristal ha tenido en la pequeña nación belga, curioso será anotar algunas noticias históricas y estadísticas sobre esta importante industria, noticias redactadas por el secretario de la cuarta Comisión de la Exposición.

«La industria de la cristalería figura sólo en un corto número de naciones privilegiadas. La Historia nos hace conocer la importancia de la cristalería en Fenicia, en Egipto y en Venecia desde los tiempos más remotos. Hoy Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra y Austria surten al mundo entero con los productos de esta fabricación.

» Las primeras materias que componen el vidrio y que sirven para fabricarlo, arena, cal, sosa, álcalis,

combustible, arcilla, se encuentran por todas partes; la prosperidad de esta industria no depende, pues, de las materias que poseen ciertas comarcas, sino de la aptitud especial de los operarios que se han formado en esta clase de trabajo de generación en generación en el mismo país.

» Por estas causas la vemos localizada y no se extiende, lo contrario de lo que acontece con otras fabricaciones.

» En Francia existen 182 fábricas y ocupan 20.000 operarios; el valor que producen se eleva á 109 millones de francos. Las botellas y las vasijas ordinarias representan más de la tercera parte de este valor.

» En Alemania se cuentan hasta quinientas fábricas de vidrio; Austria sola tiene 203, que ocupan á 60.000 jornaleros y producen por un valor de 50 millones de francos. Debemos hacer notar que las fábricas de Alemania y Austria, consideradas aisladamente, tienen muy poca importancia.

» En Bélgica, al contrario, las fábricas en general son más vastas y mayores que en los países alemanes.

» Las comparaciones deben, pues, establecerse con las producciones de cada país y no con el número de fábricas que funcionan.

» Inglaterra en 1861 producía 3.300.000 metros cuadrados de vidrio ordinario, y tenía sólo cinco fábricas que alimentaban 21 hornos.

» La producción media de vidrio de todas clases se puede calcular en toda Europa en 506 millones de francos por año. La de los Estados-Unidos de América está calculada en 100 próximamente.

» Hasta hace unos doscientos años, el uso del vidrio para facilitar luz á las habitaciones y cerrarlas, y para muchas aplicaciones en que hoy lo consideramos como indispensable y ordinario, se desconocían por completo. Se han encontrado, sin embargo, en las ruinas de Pompeya, sepultados bajo las cenizas del Vesubio, en el año 76 de nuestra Era, fragmentos de vidrio fundido, no fabricado al sople, de un grueso desigual, variando de tres á cinco milímetros.

» Es incontestable que los romanos, en la época de su prosperidad y de sus conquistas, poseían la industria del vidrio, que habían aprendido de los egipcios, y que vidrieros ó fabricantes de vidrio han producido cosas maravillosas. En tiempo del gran Pompeyo se construyó un teatro (según Plinio), sostenido por tres órdenes de columnas, y el intercolumnio del centro era de vidrio.

» En los dos primeros siglos del cristianismo, el vidrio estaba tan en boga, que se cubrían con él los techos, los muros y hasta los estrados, en forma de mosaicos.

» Pero la industria del vidrio, que así como las artes y la literatura florecían en tiempo de los emperadores romanos, cayó en plena decadencia y desapareció casi del todo con la civilización romana, cuando los bárbaros invadieron la Italia. Por esto la volvemos á encontrar casi en la infancia de la Edad Media y en el Norte de Europa. En las Galias se comenzó á emplear en el siglo III para cerrar las ven-

tanías de las iglesias; pero hasta el siglo VII no se usó sino bajo la forma de pequeñas piezas redondas.

» La pintura sobre vidrio parece que fué inventada en el siglo X.

» El uso de vidrios para las habitaciones particulares no tuvo lugar hasta el siglo XIV; pero su carencia explica en parte las construcciones de la Edad Media; cuyos huecos son en general pequeños.

» En Inglaterra no se conoció la fabricación del vidrio hasta el siglo XVII. En 1661 no se veían vidrieras con cristales más que en algunas habitaciones del rey en Escocia.

(Revista Minera.)

B. R. V.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Pintura para las pizarras negras. — 1.º Se mezclan y se muelen juntos hasta formar polvo fino:

Negro de marfil.....	2/5
Blanco de Troyes.....	1/5

Secante: lo que cogen dos dedos para 100 gramos de esta mezcla.

2.º Se mezclan las sustancias anteriores con

Barniz graso.....	2/3
Esencia de trementina.....	1/5

Preparada así la pintura mineral, se procura que no esté ni muy espesa ni muy clara. Después de estar bien seca cada capa, se pasa la piedra pómez humedecida en esencia de trementina.

Aparato automotor para utilizar la fuerza de las olas. — M. Gauche ha inventado un aparato automotor destinado á utilizar y transmitir á cierta distancia la fuerza que desarrolla el movimiento del mar. Este aparato consiste en un flotador, un compresor de aire y un recipiente para el aire comprimido.

El flotador, cayendo por una ola media de un metro de altura, representa un salto de agua de un metro cúbico, ó sea un peso de mil kilogramos por metro cuadrado de superficie. Esta fuerza levanta una campana, y cuando la ola remonta, la resistencia la hace bajar comprimiendo el aire que contiene.

El compresor de aire se compone de una ancha cuba, cuyo fondo es más bajo que el cero del mar, y en la cual una campana basada sobre un cilindro de fábrica obliga á las válvulas á abrirse para darlo al aire.

Una cadena que se arrolla sobre poleas diferenciales permite aprovechar la más débil ola, multiplicando el efecto de las oscilaciones. Además, está dispuesta de manera que puede ponerse al abrigo de las fuertes mareas. La ola, aunque independiente de la marea, varía de altura con ella, y las oscilaciones del compresor adquieren un nivel uniforme por el juego de las poleas diferenciales. La cadena se mantiene tendida durante las variaciones de altura de la marea por medio de un contrapeso. El aire de-

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA SUEZ

Vacuna de la
boca, suprime
instantáneamente
y para
siempre los

DOLORES DE MUELAS

y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción.— El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura.— La *Opíata anaranjada de Suez*, asegura su blancura sin ningún peligro.— El *Vinagrillo lácteo de Suez*, para el tócador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desmenuzarse y caerse.— *Dirigirse á M. SUEZ, 10, rue Ampère, París.* Madrid: R. I. Chávarri, almacén de drogas, Atocha, 87.— J. M. Moreno, botica de la Reina Mayor, 93.— Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29.— Frera, perfumería, Carmen, 1.— Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el segundo tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos; es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Con 24 de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus Oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India. Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal. Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4.

PARA EL CULTO DIVINO

Átriles. Ciriales. Diademas. Navetas.
Candeleros. Coronas. Incensarios. Sacras.
Campanillas. Cruces. Lámparas. Vinageras.
Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

COLEGIO de SAN FRANCISCO de BORJA Reina, 11

Resultado del curso satisfactorio y brillante para todos los alumnos. Principian las clases el 15. La matrícula abierta hasta el 30 de Setiembre.

AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillones, sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el BAZAR DE SILLERÍA DE MADERA ENCORVADA de Thonet hermanos, Plaza del Angel, 10, Madrid.

COLEGIO DE PONTES Infantas, 23

Antes Barco, 24. Matrícula abierta. Para COMENTARIOS, pedir reglamento de fuera ó dentro de Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

positado en el recipiente se distribuye según la aplicación que se le quiera dar.

Marfil fósil.—Aseguran algunos periódicos extranjeros, que una de las consecuencias de la expedición del profesor Nordenskiöld ha sido la de aumentar el comercio del marfil fósil del Asia en los mercados de Inglaterra. La mayor parte de este marfil, usado en la industria, consiste en colmillos de *mamut* de la era preglacial, que pulularon en las que ahora son las estepas del Norte del Asia y en el Ienisei, Obi y otros grandes ríos de aquel continente, en cuyas márgenes ó fondos se encuentran sepultados. Los calores del estío y las humedades del invierno descubren gran número de huesos fósiles y colmillos de estos animales, cuyos cuerpos aparecen también á veces en estado perfecto de conservación.

Las borrascas de nieve ó hielo mezcladas lavan estas reliquias de la época antediluviana, para ser convertidas en objetos manuales en la época presente.

Ceilán, la India y Africa están muy interesadas en los resultados de esta explotación, porque aumentando el *marfil de Siberia*, disminuirá el valor del de los *países cálidos*, ó sea el de los elefantes de la época actual.

El marfil de la India y Africa, sin embargo, es muy superior al de los *mamutes* por la uniformidad de su textura, y por tener un color blanco más puro, circunstancias que son necesarias para la fabricación de ciertos objetos, y que le han de asegurar siempre el consumo y una ventaja en el precio de venta.

Cemento para objetos de hierro.

Flor de azufre.....	1 parte.
Limaduras de hierro.....	16 —
Sal amoníaco.....	2 —

Agua, la necesaria para humedecer la mezcla de las sustancias. Es preciso emplearla en seguida que se prepare y colocarla muy apretada en las grietas y junturas de los objetos de hierro, y adquirirá gran dureza.

Tinta para escribir sobre cristal.—Parece que en los Estados-Unidos circula bastante la llamada *tinta-diamante*, con la cual se puede escribir sobre el cristal empleando una pluma común, y quedando grabados los trazos en la superficie de aquél. Esta tinta, que puede ser muy útil para rotular botellas que hayan de contener líquidos que atacan el papel, se compone, según dice un periódico, de tres partes de sulfato de barita, una de fluoruro de amoníaco y ácido sulfúrico en cantidad bastante para descomponer la última de aquellas sustancias y dar á la mezcla una consistencia semifluida. Si se desea conservar esta tinta en una botella de vidrio ó cristal, es menester revestir interiormente el recipiente con una capa de parafina, cera ó goma elástica. La preparación debe hacerse en un recipiente de suela, y para la conservación conviene usar un frasco de esta última sustancia, ó de goma.



SAN JERÓNIMO DE LEQUEITIO, Luqueito

El repujado.—Es un procedimiento antiquísimo que se viene usando en el arte de la cerrajería, á fin de obtener relieves ó motivos de adorno en bandejas, vasos, estatuas y otros objetos de mucha importancia.

Se han descubierto antiquísimas estatuas griegas hechas en bronce por este medio, que en el día se llama *repujado al martillo*. Con este procedimiento se hizo la cabeza de la colosal estatua de la Libertad, que regaló Francia á los Estados-Unidos de América en época bien reciente, para ser colocada en la rada de Nueva-York.

Los griegos, no sólo repujaban simplemente al martillo, sino que conocían el procedimiento bastante más industrial del estampado, aunque de un modo algo imperfecto, que consistía en golpear con el martillo las chapas sobre troqueles para reproducir un mismo motivo de adorno, tanto sobre piezas sueltas, como á lo largo de una chapa, que sirviese como moldura.

ADVERTENCIAS

Suplicamos con vivo encarecimiento á los suscritores que no hayan abonado el importe de su renovación, que lo hagan lo más pronto posible, porque se nos siguen graves perjuicios con los atrasos de la suscripción.

Cuando es tan fácil, al que no quiera continuar, devolver un número, nosotros creemos que todos los que lo reciben es porque permanecen siendo suscritores. Por eso no suspendemos el envío del periódico. Los suscritores deben corresponder á nuestra confianza con la puntualidad en las renovaciones.

Ya se han repartido á los suscritores que hasta la fecha las han solicitado, las cubiertas para encuadernar los tomos de LA ILUSTRACIÓN. Habiendo resultado algo más caras de lo que pensamos, ha sido preciso subir una peseta su precio. Se remitirán al precio de **cinco pesetas** cada juego de tapas. Por el buen gusto con que están hechas y por su solidez, compatible con la elegancia, bien puede asegurarse que son baratísimas.

Nosotros estamos satisfechos de haber interpretado el gusto de nuestros amigos.

El suplemento titulado *La Riqueza del Hogar*, revista de labores domésticas, que por **dos reales al mes** repartimos á los suscritores de LA ILUSTRACIÓN, está dando un feliz resultado, lo cual nos anima para pensar en mejorarlo cuando la suscripción llegue al tipo que hemos calculado necesario para cubrir gastos.

Salen tres números al mes, llenos de grabados, y se reparten con LA ILUSTRACIÓN. De los seis primeros números de *La Riqueza del Hogar* no se ha podido hacer edición especial, de modo que tiene una cabeza distinta, bastante menos artística por cierto que la de nuestro suplemento.

Sin embargo, los suscritores que deseen poseer esos números pueden avisarnos y los recibirán al mismo precio que el suplemento.

Perseveramos en la idea de mejorar este ensayo, si vemos que el público nos ayuda y nos favorecen, sobre todo, las madres de familia, á las cuales va dedicado.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo *treinta y seis grandes columnas de texto*, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid